

REIAL ACADÈMIA CATALANA DE BELLES ARTS  
DE SANT JORDI

ESTRATEGIAS INTERNACIONALES  
PARA LA CONSERVACIÓN DEL  
PATRIMONIO CULTURAL, 1945 - 1995

DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO ELECTO  
ILMO. SR. D. LUIS MONREAL AGUSTÍ  
LEÍDO EN LA SALA DE ACTOS DE LA ACADEMIA  
EL DÍA 20 DE MARZO DE 1996

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO  
EXCMO. SR. DR. D. JUAN BASSEGODA NONELL



BARCELONA  
1996

REIAL ACADÈMIA CATALANA DE BELLES ARTS  
DE SANT JORDI

ESTRATEGIAS INTERNACIONALES  
PARA LA CONSERVACIÓN DEL  
PATRIMONIO CULTURAL, 1945 - 1995

DISCURSO DE INGRESO DEL ACADÉMICO ELECTO  
ILMO. SR. D. LUIS MONREAL AGUSTÍ  
LEÍDO EN LA SALA DE ACTOS DE LA ACADEMIA  
EL DÍA 20 DE MARZO DE 1996

DISCURSO DE CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO  
EXCMO. SR. DR. D. JUAN BASSEGODA NONELL

BARCELONA  
1996

© Luis Monreal Agustí  
© Juan Bassegoda Nonell

Depósito Legal: B-12.922-1996

Composició e impressió: Gràfiques Canuda, S.L.  
Passatge Ferrer i Vidal, 10  
08005 Barcelona

Excelentísimo Señor Presidente;  
Ilustrísimos Señores Académicos;  
Señoras, Señores:

Afronto este solemne momento con el ánimo embargado por dos sentimientos: el de gratitud hacia los eminentes académicos que me honran con el privilegio de elegirme como uno de sus pares, y el de la responsabilidad que comporta el pertenecer a tan docta corporación. Pienso que vuestra decisión ha sido motivada no por mis pobres méritos, sino por el deseo que la Academia, en la que están representadas tan diversas especialidades del saber y de las Artes, continúe ampliando su base con la incorporación de personas que puedan aportar conocimientos en nuevos campos de la cultura artística.

La evolución del contexto social, económico y cultural ha determinado en las últimas décadas que la creación artística, su difusión contemporánea y su conservación para generaciones futuras sean cuestiones que la propia sociedad considera de primordial interés. Más que nunca, el arte es un fenómeno popular —en el mejor sentido del término— con incidencia en la vida de las gentes, objeto no sólo de la atención gubernamental a través de políticas culturales, sino también de la participación de la sociedad civil, por medio de un nuevo mecenazgo de empresa. Vivimos, además, en un mundo de comunicación en el que la innovación tecnológica ha derruido definitivamente las fronteras nacionales trazadas por la historia; es un mundo inter-nacional.

Mi vida profesional se ha desarrollado en gran parte en ese nuevo contexto de la cultura artística. Se inició como arqueólogo en la campaña internacional de la UNESCO para el salvamento de los monumentos de Nubia y después como joven conservador del museo barcelonés fundado por el académico a quien tengo el gran

honor de suceder: Frederic Marés i Deulovol. Pero, tras estas experiencias hasta cierto punto convencionales, el resto de mi trayectoria profesional me ha conducido a trabajar en el ámbito de las organizaciones internacionales y en el de las fundaciones americanas y europeas. Durante once años, en el Consejo Internacional de Museos de la UNESCO tuve la oportunidad de dirigir y gestionar la cooperación entre instituciones de diversos países, estimular el intercambio de exposiciones, aportar asistencia técnica para la conservación de colecciones y la formación profesional, promover instrumentos jurídicos y normas deontológicas de uso internacional, así como concebir y realizar nuevos museos en diversos países. Durante el lustro siguiente, mi paso por una gran fundación californiana me permitió desarrollar un programa de ayuda a la conservación del patrimonio cultural en los países del Tercer Mundo, al que me referiré más adelante, que requirió dar nuevas orientaciones a la investigación en este campo y diseñar estrategias innovadoras. Por último, mis actuales responsabilidades en la dirección de la Fundación "la Caixa" me ponen en cotidiano contacto con el mundo del mecenazgo de empresa y completan la visión que pudo ofrecerme mi trabajo anterior en aquella fundación estadounidense.

Quisiera pensar que por tan variada, aunque ciertamente modesta experiencia, me habeis llamado a formar parte de esta Academia. Pero no estoy seguro de que, a la postre, el balance de mi contribución pueda ser significativo, mas os aseguro, queridos colegas y amigos, que no escatimaré el esfuerzo ni dosificaré mi entusiasmo para servir a esta corporación. A todos y cada uno de vosotros os quiero reiterar mi profunda gratitud por el inmerecido honor que me conferís.

El sentido de la responsabilidad que me embarga procede también de la circunstancia, querida por el destino, de suceder en esta Academia a uno de sus más insignes miembros, Frederic Marés i Deulovol, con quien mantuve una intensa, cotidiana relación personal en la época en que fui conservador de su Museo. Mi deuda con Marés es inmensa. Fue él quien me animó a concurrir a las oposiciones convocadas para cubrir dicho cargo, en el cual, bajo su tutela, hice durante más de nueve años mis primeras armas en la profesión museal. Comprenderéis, pues, mi emoción al evocar la semblanza biográfica del maestro y amigo.

Nacido en Portbou el 18 de septiembre de 1893, heredaría Marés de su padre, aduanero con aficiones de bibliófilo, el interés por el coleccionismo. Aunque modesto, el medio familiar era proclive a las artes, y así, en 1904, a la temprana edad de once años, ingresaba en la "Escola de Llotja", es decir en la Escuela de Bellas Artes que desde 1775 estaba ubicada en este mismo edificio sede de la Academia. Poco después, Marés entró como ayudante en el taller del célebre Eusebi Arnau,

circunstancia que él mismo consideró decisiva para su vocación y su formación escultórica. Gracias a su talento, a la temprana edad de veintiún años, ingresó como profesor en la Escuela, de la que más tarde sería Director, sobrepasando en dicho cargo la edad legal de jubilación. Pero retrocedamos en el tiempo para evocar los factores y circunstancias que contribuyeron a modelar su personalidad polifacética. En primer lugar, los viajes de juventud a París, durante los años 1911 y 1912, con sendas becas de estudio, gracias a los cuales descubriría el mundo de los museos y trabaría amistad con artistas e intelectuales de la capital francesa. Conoció en ellos a personajes tan destacados como Auguste Rodin, coleccionistas y anticuarios célebres como Joseph Duveen, Nathan Wildenstein o Brimo de Laroussilhe. Comenzó por entonces Marés a adquirir algunas obras, sin duda modestas, pero que constituirían la base de sus fabulosas colecciones futuras. La guerra obligó en 1914 a que el joven escultor regresara a Barcelona. Durante los años siguientes y hasta el advenimiento de la guerra civil española, desarrolló una febril actividad creadora, de la que son fruto grupos escultóricos monumentales que ornán nuestra ciudad, entre ellos el dedicado al pintor Francesc Soler i Rovirosa (en los jardines de la Gran Vía, entre el Paseo de Gracia y la Rambla de Cataluña), la alegoría de la Industria, el Comercio y la Navegación (plaza de Cataluña), o la Victoria del "Cinc d'Oros", por no citar más que tres ejemplos de lo que podría ser una lista interminable.

Al estallar la guerra, Marés desarrolló una encomiable labor de salvamento de patrimonio histórico; intervino en la protección de los fondos del Archivo Histórico de la Ciudad y los del museo y la biblioteca del seminario. En 1938, por encargo del Presidente Lluís Companys, se ocupó con un grupo de voluntarios de la limpieza y recuperación de la maltrecha iglesia de Santa María del Mar, incendiada dos años antes. La labor restauradora de Marés, sin embargo, se desarrolló sobre todo en la década de 1940, con el encargo que le hiciera el Marqués de Lozoya, entonces Director General de Bellas Artes, de reconstruir las tumbas reales del Monasterio de Poblet, proyecto que concluyó en 1948.

La posteridad reconocerá en Marés a un infatigable coleccionista creador de museos. En 1946, el escultor acordó ceder sus colecciones de escultura y artes aplicadas a la ciudad de Barcelona, para su instalación y apertura al público en el ala izquierda del antiguo Palau Reial Major. Cincuenta años después, el Museo Marés, engrandecido sucesivas veces en su contenido e instalaciones, sigue atrayendo a un público entre curioso y erudito que descubre o revisita las magníficas colecciones de escultura española de la antigüedad al siglo XIX, así como la colección de colecciones denominada "Museo Sentimental".

Frederic Marés no cesó en esta actividad promotora de museos durante toda su vida. En 1962, cedió al Museo Militar de Montjuic una espléndida serie de armas renacentistas, que había iniciado en 1924 con la compra de una célebre colección en una subasta pública celebrada en Ginebra. En 1971, realizó una importante contribución al renovado Museo del Ampurdán de Figueras, consistente en piezas arqueológicas de época grecorromana, artes aplicadas, escultura medieval y documentación histórica de interés local. Pocos años más tarde donó al municipio de Arenys de Mar una colección de encajes y puntillas —cuyo origen había sido la compra realizada en época juvenil al Marqués de Valverde—, que constituye el actual “Museu de la Punta”. En 1979, continuó su labor de mecenazgo con la cesión a la villa de Montblanch de un importante grupo de esculturas medievales, renacentistas y barrocas que forman el Museo Frederic Marés en la restaurada iglesia de Sant Marçal. Finalmente, en 1983 depositó en la Biblioteca de Cataluña una espléndida serie de libros e incunables originales de la Cartuja de Valldemosa, de incalculable valor sentimental para Marés, puesto que habían sido heredados de su padre bibliófilo.

Aparte la incansable labor que desarrolló en esta Academia, en la que ingresó el 2 de junio de 1954, siendo su Presidente hasta 1990, y su Presidente de Honor hasta su muerte, Frederic Marés fue también académico de Bellas Artes de San Fernando. Durante toda su vida desarrolló una prolífica actividad de escritor. Recordemos tan sólo sus dos libros sobre las Tumbas Reales del Monasterio de Poblet, publicados en 1946 y 1952, el estudio *Dos siglos de enseñanza artística en el Principado*, que apareció en 1964, y la obra autobiográfica *El mundo fascinante del coleccionismo y las antigüedades. Memorias de la vida de un coleccionista*, que vio la luz en 1977. La fecunda vida del maestro llegó a su fin el 30 de agosto de 1991, a la edad de 97 años.

Frederic Marés i Deulovol, hombre de artes y de letras, tuvo las virtudes de la apertura de espíritu, la insaciable curiosidad, la voluntad indoblegable y una frugalidad espartana como contrapunto de su bulimia coleccionista. Su recuerdo me acompaña y me conforta en este trance, animándome a entrar de lleno en el tema de mi discurso.

## ESTRATEGIAS INTERNACIONALES PARA LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL, 1945 - 1995

### *Cambio cultural en la Europa de posguerra*

La destrucción masiva de ciudades, monumentos, museos y sitios arqueológicos ocasionada por la Segunda Guerra Mundial tuvo como consecuencia un importante cambio cultural en las sociedades que la sufrieron. Antes del conflicto bélico, el patrimonio cultural era primordialmente considerado como un elemento emblemático de cada nación, como el testimonio material de la capacidad creativa de un grupo humano; era incluso utilizado para justificar la existencia del propio grupo en tanto que entidad política. La Europa de la primera mitad del siglo experimentó radicales transformaciones geopolíticas, y el patrimonio cultural sirvió frecuentemente para explicar la —en ocasiones inexplicable— “identidad nacional”. Cincuenta años más tarde asistimos a un curioso fenómeno de reflujos de aquellas ideas, a intentos de interpretación de los restos materiales de culturas pretéritas como soporte y demostración de tesis políticas contemporáneas. Por ello me ha parecido de interés —puesto que se trata de un tema que de nuevo es de actualidad— analizar y exponer aquí cómo ha evolucionado la percepción del valor y significado del patrimonio cultural por sucesivas generaciones de europeos nacidas tras la guerra y, sobre todo, cómo han cambiado los conceptos, las estrategias, los recursos técnicos y los métodos aplicados a su conservación.

Centraré dicho análisis en el patrimonio cultural inmueble, por el extraordinario reto que supone la conservación futura de ciudades históricas, monumentos individuales y sitios arqueológicos en un mundo amenazado por el desarrollo incontrolado y sus secuelas: la degradación del medio ambiente, la rápida transfor-

mación de las ciudades y el paisaje, la explotación abusiva de los recursos naturales... También por el carácter emblemático que dicho patrimonio monumental tiene en las identidades culturales y el elemento cualitativo que su existencia aporta a la vida de las gentes. Cuando sea necesario, me permitiré, asimismo, algunas referencias, a modo de *excursus*, al patrimonio cultural mobiliario e, inevitablemente, al patrimonio natural con el que la obra del hombre forma un todo indisoluble.

### *El papel de la UNESCO*

En 1945, el nacimiento de la UNESCO, agencia de las Naciones Unidas especializada en la educación, la ciencia y la cultura, tuvo efecto bajo un lema incluido en su acta constitutiva : "...puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz"<sup>1</sup>.

El concepto subyacente en la decisión política de fundar la UNESCO era promover la cooperación multilateral de carácter gubernamental entre vencedores y vencidos, entre los países del Primer Mundo y las naciones, ya existentes o en vías de constitución, de un Tercer Mundo en proceso de descolonización que, con un eufemismo revelador del espíritu de la época, se denominarían a partir de entonces "países en vías de desarrollo". Se trataba, en suma, de contribuir a crear un mundo más equilibrado, como medio para aminorar el peligro de conflagración que, tanto en el seno de un estado como en el de la comunidad de naciones, comportan los excesivos desniveles económicos, educativos y sociales. A posteriori, el propósito fundamental, no sólo de la UNESCO, sino el de todo el sistema de las Naciones Unidas, nos parece fallido, puesto que las desigualdades entre los PNB's, los PIB's, las rentas per cápita, los recursos tecnológicos y educativos, el grado de bienestar social, etc. de los países industrializados y de las naciones tercermundistas no sólo no han disminuído, sino que, en muchos casos, se han acrecentado dramáticamente en los últimos cincuenta años.

Nuestro interés se centra, sin embargo, en identificar cómo contribuyó la existencia de la UNESCO, junto con la de las organizaciones profesionales de carácter no gubernamental asociadas a ella (en particular el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios Históricos y Arqueológicos, ICOMOS), a que la comunidad internacional adquiriera una nueva conciencia del significado del patrimonio cultural y, en función de un firme consenso acerca de la necesidad de preservarlo

para generaciones futuras, desarrollara por primera vez en la historia una política común para su conservación.

En términos ideológicos, el primer cambio sustancial en el concepto tradicional de patrimonio cultural se produjo durante la década de 1950. Los primeros trabajos de una UNESCO compuesta entonces por un reducido número de países consiguieron que, inicialmente en el mundo occidental, se impusiera la noción de que *el patrimonio cultural es un recurso común de la humanidad*, que además posee un significado para todos los pueblos y culturas del mundo, puesto que atestigua y documenta la historia del progreso humano a través del tiempo y del espacio. Sin negar el derecho a la paternidad de quienes crearon cada uno de los elementos constituyentes de dicho patrimonio, este nuevo concepto impuso un necesario corolario: *la conservación del patrimonio cultural es una responsabilidad compartida* y no sólo una obligación de la nación propietaria de *iure*. Como veremos en seguida, este principio sería la base para la primera operación a gran escala de la UNESCO, la campaña para el salvamento de los monumentos de Nubia, en Egipto y el Sudán.

#### *Patrimonio cultural y guerras de la posguerra*

Otra de las consecuencias del cambio cultural que acarreó la Segunda Guerra Mundial fue el reconocimiento a todos los niveles —social, legislativo y político— de que *el patrimonio es un bien intocable y un recurso no renovable*. El primero de estos conceptos fue plasmado en la Convención para la protección del patrimonio cultural en casos de conflicto armado (La Haya, 1954)<sup>2</sup> a la que se adhirieron en muy corto plazo todos los estados occidentales y de la que forman parte en la actualidad casi todos los países miembros de las Naciones Unidas. Dicha Convención representa una ruptura con prácticas tan antiguas como el mundo: las de la destrucción, el saqueo y la depredación del patrimonio cultural de los vencidos. Estipula la Convención de La Haya que los monumentos históricos y los museos deben quedar al margen de las operaciones militares y, al igual que hospitales o vehículos para el transporte de víctimas, no pueden ser considerados objetivos bélicos. Preconiza, asimismo, el texto legal las medidas de protección y señalización del patrimonio, a fin de que las partes en conflicto puedan cumplir sus cláusulas.

Naturalmente que las buenas disposiciones de la Convención —como las de tantas otras de instrumentos jurídicos internacionales de carácter humanitario— han sido sistemáticamente ignoradas por muchos de los contendientes en las

guerras de la segunda mitad de nuestro siglo. El Museo Nacional de Beirut fue totalmente destruido durante la guerra del Líbano, y la mayor parte de sus objetos arqueológicos en metales preciosos desaparecieron, al igual que los del Museo de N'Djamena, en el Chad, que conservaba las únicas colecciones de la cultura Sao existentes en el mundo. En época más reciente (agosto de 1990), el Museo Nacional de Kuwait fue saqueado e incendiado por el invasor iraquí, mientras que numerosos yacimientos arqueológicos de Mesopotamia, así como algunas mezquitas históricas de Irak fueron destruidas durante los meses siguientes por los ataques de las fuerzas occidentales mancomunadas en la operación "Tormenta del Desierto". Finalmente, todos conocemos los daños irreparables que dos años de guerra han producido en las ciudades históricas de la ex-Yugoslavia, sumándose la pérdida cultural al terrible balance de vidas humanas en una contienda fratricida de inusitada ferocidad.

Pero la convención de La Haya introduce, además, otro principio moral en las relaciones entre estados: el que el vencedor no pueda desplazar elementos del patrimonio cultural de los territorios ocupados. Pretende acabar así con la práctica del botín de guerra, legitimada por el derecho romano<sup>3</sup>, a través de la cual se constituyeron algunos de los grandes museos europeos. Tampoco este principio ha sido escrupulosamente observado; el Museo de Israel, en Jerusalén, por ejemplo, conserva numerosas colecciones procedentes de los territorios ocupados, a pesar de que el gobierno israelí ratificó antes de la guerra del Yom Kippur la Convención de La Haya.

### *Tráfico ilícito de bienes culturales*

El concepto de que el patrimonio cultural es un bien intocable, a cuyo disfrute tiene derecho la comunidad que lo creó, condujo a la elaboración de otro instrumento jurídico, la Convención sobre el tráfico ilícito de bienes culturales, adoptada en 1970<sup>4</sup>. Gracias a la acción de la UNESCO, se había ido imponiendo desde la década anterior la noción de que la comunidad internacional debía combatir el tráfico ilícito sobre una base consensual e instrumental. La necesidad había quedado suficientemente demostrada, además, por el flujo constante —en ocasiones masivo— en el mercado del arte de los países industrializados de bienes culturales procedentes del Tercer Mundo. Curiosamente, dicho flujo se incrementaba en ciertas épocas, coincidiendo con situaciones de inestabilidad política o de conflicto armado en el país de origen. A título de ejemplos, hay que recordar la irrupción

masiva en el mercado europeo de fragmentos escultóricos procedentes de los templos de Angkor durante el período de los jemereros rojos en Camboya, o la importante presencia de objetos arqueológicos —ídolos cicládicos, cerámica— e iconos de procedencia chipriota, tras la invasión turca de dicha isla mediterránea.

La Convención contra el tráfico ilícito ha sido paulatinamente ratificada por la mayor parte de estados miembros de la UNESCO y, desde luego, por todos aquellos del Tercer Mundo que se pueden considerar “exportadores” de patrimonio cultural. Y aunque no es mi propósito hacer un análisis en profundidad de los diversos instrumentos jurídicos existentes para la protección del patrimonio, sí deseo destacar que la Convención de 1970 ha encontrado numerosos obstáculos para su ratificación por parte de los estados que son “consumidores” de patrimonio cultural, es decir, aquellos países de economías prósperas que poseen un activo mercado del arte, nutrido en gran parte por importaciones de países ricos en patrimonio cultural... y pobres en recursos económicos. Los Estados Unidos de América, por ejemplo, ratificaron tardíamente dicha Convención y aun subordinando su aplicación a cláusulas que limitan significativamente su capacidad de influir en el ordenamiento y la transparencia del tráfico mercantil en dicho país. Por su parte, Suiza y el Reino Unido, mercados artísticos de un liberalismo a ultranza, no han ratificado —ni presumiblemente ratificarán— la Convención de 1970.

### *Un recurso “no renovable”*

Durante la década de los años 70, en pleno desarrollo de una auténtica “ideología de la conservación” por parte de grupos ecologistas, y probablemente por influencia de éstos, al término “patrimonio cultural” se le añadió el concepto de “recurso no renovable”. Es interesante anotar que el concepto fue acuñado por especialistas en temas socioeconómicos que por entonces colaboraban en proyectos promovidos y financiados por el Banco Mundial. A partir de aquel momento, la conservación del patrimonio cultural ocuparía un lugar propio, de pleno derecho, en los planes diseñados para generar nuevos recursos económicos en muchos países del Tercer Mundo. Las ciudades históricas, los monumentos singulares y los sitios arqueológicos pasaron a ser considerados como un potencial de desarrollo turístico<sup>5</sup>, es decir, como una fuente de ingresos en divisas convertibles, motivo para la creación de infraestructuras hoteleras y de transporte, de nuevos puestos de trabajo. Más adelante, a través de algún ejemplo concreto, consideraremos los peligros

que para la conservación del patrimonio comporta su consideración, *a fortiori*, como mero recurso —aunque “no renovable”— para el desarrollo económico. La innovación conceptual tuvo también su aspecto positivo, el de resaltar la fragilidad del patrimonio, situándolo ante la opinión pública mundial en la misma zona de alerta roja que las especies zoológicas en peligro inminente de desaparición. Desde entonces, la conservación del patrimonio se ha convertido en una cuestión mucho más comprensible para el público en general y se ha beneficiado del “tirón” que han supuesto las campañas de opinión realizadas en todo el mundo por entidades como el “World Wildlife Fund” o “Greenpeace”.

### *Las estrategias de conservación a través del estudio de casos*

Tras la sinopsis de cómo se ha operado el cambio cultural y conceptual con respecto al patrimonio en las últimas décadas, trataré de examinar también cómo se han desarrollado las estrategias de conservación y qué métodos y recursos técnicos se han aplicado a su realización. Para ello, he seleccionado algunos proyectos que me parecen representativos del proceso evolutivo que ha experimentado la ciencia de la conservación del patrimonio. Dicha selección es, naturalmente, subjetiva; responde en parte a la circunstancia de mi participación personal en todos ellos, primero como arqueólogo con la misión española en Nubia, luego como Secretario General del Consejo Internacional de Museos de la UNESCO y después como Director del Getty Conservation Institute.

Vaya por delante un breve intento de sistematización de esta historia reciente en la que, si nos atenemos al criterio de identificar a sus agentes, distinguiremos dos fases muy distintas, una dominada por la intervención de los gobiernos y otra en la que la sociedad civil asume un papel relevante.

En la primera de estas etapas, entre 1945 y 1985, se desarrollaron los conceptos básicos de cooperación intergubernamental en un mundo que renacía de las cenizas de una guerra mundial. Se elaboraron, asimismo, los instrumentos y los métodos necesarios a la acción multilateral.

La segunda etapa, que abarca los últimos diez años, está marcada por el declive de la UNESCO, por la crisis generalizada de las estructuras gubernamentales de cooperación internacional, y por el reconocimiento del fracaso del modelo de “asistencia técnica” vigente en la fase anterior, que crea situaciones indeseadas de dependencia del Tercer Mundo con respecto al *know-how* de los países desarrollados. Tales circunstancias determinan un proceso —en el que estamos inmersos—

de replanteamiento de estrategias, de sustitución de la ayuda gubernamental de carácter multilateral (es decir, a través de la UNESCO o de organizaciones regionales como la OEA) por acuerdos bilaterales de cooperación entre estados. Proceso que comporta también el nuevo fenómeno de la aparición en escena de diversos agentes del sector privado: las organizaciones no gubernamentales, las fundaciones y las empresas. Todas ellas actúan en el campo de la conservación del patrimonio por razones diversas y con medios dispares; unas, movidas por la filantropía, otras, por el interés de realzar una imagen de marca que contribuirá a la venta de productos y servicios. La nueva situación es, todavía, difícil de evaluar. Tiene aspectos fundamentalmente positivos, como el del relevo de los poderes gubernamentales por entidades que en su actuación son más independientes de condicionamientos políticos, amén del de introducir nuevos recursos económicos en un sector, el de la cultura, que siempre ha sido el vagón de cola de las políticas nacionales e internacionales. Pero esta situación también tiene algunos inconvenientes, sobre todo el de la dispersión de esfuerzos, la falta de coordinación de las inversiones y la limitada capacidad de las ONG's, las fundaciones o las empresas para abordar proyectos de larga duración y elevado costo.

*La campaña de Nubia (o la UNESCO alcanza su mayoría de edad)*

La campaña para el salvamento de los monumentos de Nubia<sup>6</sup>, amenazados por la construcción de la presa de Asuán es sin duda el gran hito en la historia de la conservación del patrimonio cultural y, en consecuencia, el proyecto que dió a la UNESCO su grandeza y prestigio. Sus resultados deben medirse no sólo cuantitativamente (es decir, qué bienes culturales fueron efectivamente salvados), sino cualitativamente, en términos de la influencia que tuvo sobre la opinión pública internacional, los gobernantes y la ciudadanía.

Construir una gran presa para regular las crecidas del Nilo era una ambición milenaria que el desarrollo de la ingeniería hidráulica permitió realizar a principios de nuestro siglo. En 1898 se inició en la primera catarata, aguas arriba de Asuán, la construcción de una presa de granito de unos dos kilómetros de longitud y treinta metros de altura. La obra, dirigida por ingenieros ingleses, concluyó en 1902 y fue sucesivamente ampliada en dos ocasiones, en los períodos 1907-1912 y en 1929-1934, alcanzando una altura total de más de ciento veinte metros. La presa creó un lago artificial de unos doscientos kilómetros de longitud, inundando numerosos yacimientos arqueológicos, así como el templo de Philae. Tras la revo-

lución nasseriana de 1952, el gobierno egipcio decidió construir una obra de ingeniería hidráulica sin precedentes que, según los entonces especialistas en política económica, resolvería los endémicos problemas de desarrollo que sufría el país. Inicialmente, Nasser solicitó ayuda al gobierno estadounidense para la realización de tan faraónico proyecto, pero éste declinó la propuesta, dado que sus propios expertos consideraron que la inversión no obtendría los resultados esperados. Desgraciadamente, la historia les ha dado la razón: la nueva presa de Assuán no sólo no ha incrementado de forma significativa los recursos económicos del país, sino que ha creado serios problemas ecológicos y una pérdida de superficies cultivables, amén de constituir un alto riesgo estratégico en caso de conflicto bélico. El diseño de la obra, así como su realización y financiación, fueron asumidos por el gobierno soviético; la construcción comenzó en 1960 y concluyó una década después.

Puesto que la gran presa formaría un lago de más de quinientos kilómetros de longitud —el “Lago Nasser”—, engullendo la totalidad de Nubia hasta la tercera catarata, la UNESCO se hizo eco del clamor de numerosos egiptólogos de diversos países, quienes expresaron su alarma por la pérdida de centenares de yacimientos arqueológicos aun inexcavados y la conservación de una serie de templos importantes: Kalabsha, Kertassi, Amada, Kasr Ibrim, Beit el-Wali, Wadi es-Sebua, Maharraka, Derr, Debod, Dendur, Taffa, Ellesiya, Semma, Kumna, y, por encima de todos ellos, los dos *speos* de Abu Simbel. Se planteaba, asimismo, aunque no con el mismo carácter de urgencia, cuál sería la suerte de los templos de Philae, que tras la construcción de la nueva presa quedarían semisumergidos en el espacio entre ésta y la erigida a principios de siglo.

Entre 1955 y 1960, la UNESCO y las autoridades egipcias exploraron posibles vías para paliar el desastre cultural que suponía el proyecto hidráulico. Fueron, sin duda, tiempos difíciles. Se enfrentaban la irreductible actitud nacionalista y revolucionaria del gobierno y una organización internacional todavía pequeña e inexperimentada. La creación en el Cairo de un “Centro de documentación sobre el Egipto antiguo”, conjuntamente por el gobierno y la UNESCO, bajo la dirección de Christiane Desroches-Noblecourt, fue un elemento clave para que el difícil diálogo desembocara en el acuerdo de lanzar una campaña internacional para el salvamento de los monumentos de Nubia. El Director General de la UNESCO, Vittorino Veronese, comunicó oficialmente al mundo el día 8 de marzo de 1960 la decisión de proceder a conservar los vestigios del patrimonio nubio, en Egipto y el Sudán, solicitando la ayuda de gobiernos, universidades y especialistas. El mensaje creó una gran conmoción internacional e inmediatamente comenzaron a recibirse

en la UNESCO propuestas de ayudas económicas por parte de los gobiernos y de organización de misiones técnicas por varias universidades estadounidenses.

El éxito de la campaña de Nubia residió en varios factores. En primer lugar, en un esfuerzo de planificación y documentación, que se inició con una operación de reconocimiento fotográfico aéreo de la Nubia egipcia realizado en 1959 por el Institut Géographique National francés, a la que seguiría otra similar en la Nubia sudanesa. Las imágenes obtenidas fueron de un inestimable valor para las misiones arqueológicas de diversos países que más tarde se encargarían de realizar excavaciones de urgencia destinadas a estudiar la secuencia cultural nubia desde la prehistoria a la época cristiana.

El segundo factor del éxito fue, sin duda, la actitud liberal de los gobiernos egipcio y sudanés en el reparto de los bienes arqueológicos descubiertos, que indujo a muchos países a participar en la operación. Las misiones extranjeras pudieron llevarse la mitad de los materiales hallados. Además, en reconocimiento a la ayuda prestada, varios países recibieron como regalo monumentos levantados de su ubicación original: España<sup>7</sup>, el Templo de Debod (instalado en Madrid, en el Parque del Oeste); los Estados Unidos, el Templo de Dendur (Metropolitan Museum, Nueva York), y los Países Bajos, el Templo de Taffa (Museo Nacional de Antigüedades, Leiden).

#### *Técnicas pioneras para el traslado de templos*

Pero el factor decisivo del éxito de la campaña fue, en lo que al salvamento de los monumentos se refiere, el desarrollo —la invención en muchos casos— de métodos y técnicas de conservación hasta entonces insospechados. Fue ésta una labor pionera que se realizó con singular audacia, grandes dosis de pragmatismo y en la que, evidentemente, también se cometieron errores. Desde 1959, un equipo de especialistas liderado por Piero Gazzola estudió las diversas posibilidades de salvar los templos. Hay que decir que los componentes del grupo nunca se habían enfrentado a un desafío de tal magnitud; eran, en su mayor parte, arqueólogos, ingenieros y arquitectos con experiencia en la restauración de monumentos individuales. Al principio pensaron que algunos templos, como Abu Simbel o Philae, podrían quedar en su ubicación original, bajo el futuro nivel de las aguas, aislados por muros de contención. Dicha hipótesis fue pronto descartada, tanto por razones de coste, como principalmente porque los estudios geológicos y mineralógicos indicaron que se producirían filtraciones por capilaridad que, a medio plazo, des-

truirían los templos. La UNESCO recibió por aquel entonces innumerables propuestas técnicas, algunas ciertamente peregrinas. Un experto americano sugirió construir pontones de hormigón armado (del mismo tipo que los utilizados tras el desembarco de las fuerzas aliadas en Normandía para crear el puerto de Omaha Beach) bajo los templos y esperar a que el embalsamiento de las aguas los hiciera flotar. Un ingeniero polaco propuso proteger los templos con grandes cúpulas de hormigón armado a las que el público tendría acceso a través de ascensores incluidos en torres que sobresaldrían de la superficie de las aguas. Finalmente, el equipo de Piero Gazzola llegó a la conclusión de que todos los templos debían ser transportados a las nuevas orillas del lago y, a partir de tal consideración genérica, se definieron los medios y métodos posibles para realizar dichas operaciones.

La técnica del transporte piedra a piedra —paciente labor consistente en documentar, numerar, trasladar y reconstruir en la nueva ubicación— se aplicó a algunos templos de grandes dimensiones, por ejemplo al de Kalabsha, compuesto por más de dieciséis mil sillares. La operación se enfrentó con éxito a la dificultad añadida de realizar el trabajo sólo durante tres meses al año, en la época de estiaje, puesto que el monumento ya había sido afectado por la subida de las aguas producida por la primera presa de Asuán. Pero también se utilizaron métodos más revolucionarios, como en el caso del Templo de Amada, cuyo *naos* fue transportado sobre raíles en una sola pieza, para no dañar su decoración interior, pintada sobre un *intonaco*. Bajo aquélla parte del edificio se deslizaron grandes vigas de hormigón armado, de una capacidad de carga de novecientas toneladas cada una, y el conjunto se levantó sobre gatos hidráulicos dotados de ruedas que lo encaminaron a su nueva ubicación, situado a más de dos kilómetros y medio de distancia, sobre tres tendidos paralelos de vías férreas.

Algunos templos rupestres de pequeñas dimensiones, como el de Gerf Hussein, fueron seccionados en piezas para hacer viable su transporte, procedimiento que sería también aplicado a los templos de Ramsés II y Nefertari en Abu Simbel. Sin embargo, la solución final para la conservación de este extraordinario conjunto monumental rupestre tardó cuatro años en ser definida. Inicialmente se deseó conservar la integridad de los monumentos, trasladándolos en un solo bloque para respetar su carácter de esculturas gigantescas en la escarpada orilla del Nilo. Tras descartar, como ya se ha dicho, la hipótesis de rodearlos con una presa, se pensó en reducir la masa rocosa que rodeaba a ambos *speos* y levantarlos sobre pilares de hormigón hasta una cota de unos cuarenta metros por encima del nuevo nivel de las aguas. Si se hubiera realizado tal proyecto, los templos aparecerían hoy como gigantescos palafitos en el centro del inmenso Lago Nasser, carentes de entorno

tras la pérdida del paisaje con el que formaban una unidad indisoluble. Tanto para evitar tal circunstancia, como por los problemas técnicos y financieros que comportaba, el proyecto fue desechado. Por fin, a principios de 1964, comenzó la operación de seccionar en piezas los dos templos de Abu Simbel, así como la masa rocosa que los corona. Las aguas del Nilo comenzaban ya a embalsarse, por lo que hubo que construir una presa provisional ante las fachadas de los monumentos. Casi dos mil personas trabajaron en estas operaciones que culminaron con la reedificación de los templos, cuatro años y medio después, a orillas del nuevo lago artificial, en una cota situada a sesenta y cinco metros por encima de donde fueron construidos por Ramsés II. Los *speos* están hoy cobijados por dos cúpulas de hormigón —la mayor de sesenta metros de diámetro y veinticinco de altura— sobre las que se colocaron los bloques cortados de las superficies externas de la montaña, de modo que el prodigio de ingeniería moderna resulta invisible para el visitante. El resultado de la operación de traslado es tan satisfactorio que puede resumirse con la frase pronunciada por un periodista el día de la inauguración del monumento: "Todo está igual que antes. ¿Qué han hecho con los cuarenta millones de dólares invertidos en el proyecto?"

Tras el éxito de Abu Simbel, el rescate de los templos de Philae dió la impresión de ser un trabajo relativamente sencillo. Sin embargo, para conseguirlo fue necesario, en primer lugar, rodearlos de una ataguía o empalizada estanca de placas de acero con objeto de aislarlos de las aguas y poder desmontarlos piedra a piedra y, en segundo término, reconstruirlos en una isla artificial hecha a medida. En marzo de 1980, veinte años y dos días después de haber sido iniciada, concluía la campaña de Nubia con la inauguración oficial de los templos de Philae en su nueva, y —esperemos— definitiva, ubicación.

#### *Conservación e informática: Borobudur*

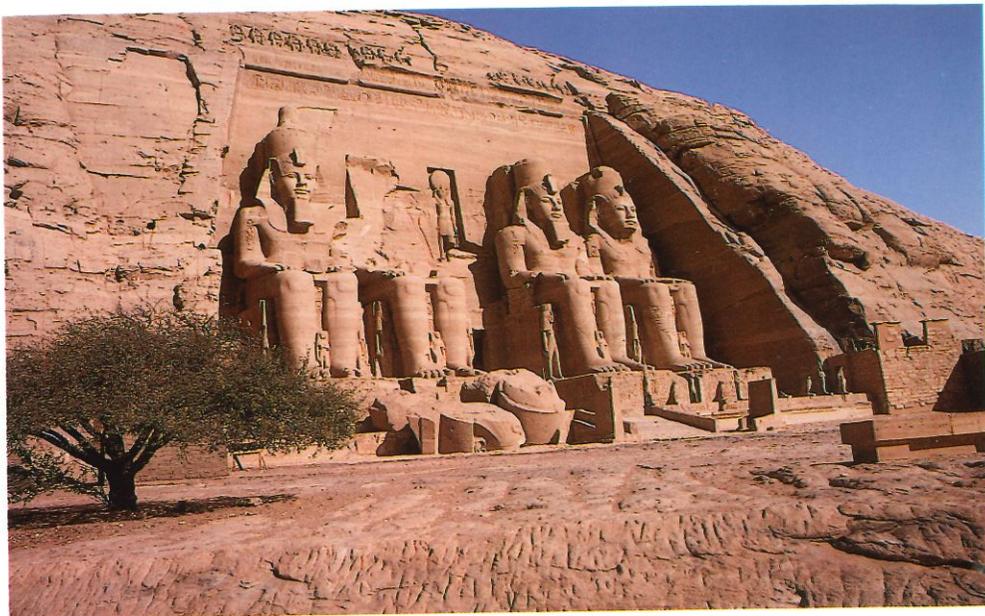
El éxito de la campaña de Nubia afianzó el papel de la UNESCO, la convirtió en una organización mayor de edad en el seno del sistema de las Naciones Unidas. Como es lógico, promovió también otras demandas de países que poseían bienes culturales en peligro de desaparición. En 1973, a petición de Indonesia, la UNESCO lanzó una nueva campaña internacional para salvar el templo de Borobudur<sup>8</sup>. Situado en Java Central, este monumento fue construido por la dinastía Sailendras a finales del siglo VIII de nuestra era, utilizando un promontorio natural. Consta de ocho niveles coronados por una gigantesca *stupa* rodeada por otras sesenta y

cuatro pequeñas *stupas* que albergan representaciones escultóricas de Buda. En total, casi sesenta mil metros cúbicos de piedra con dos mil quinientos metros cuadrados de bajorrelieves; una obra que requirió el trabajo de miles de hombres durante varios años.

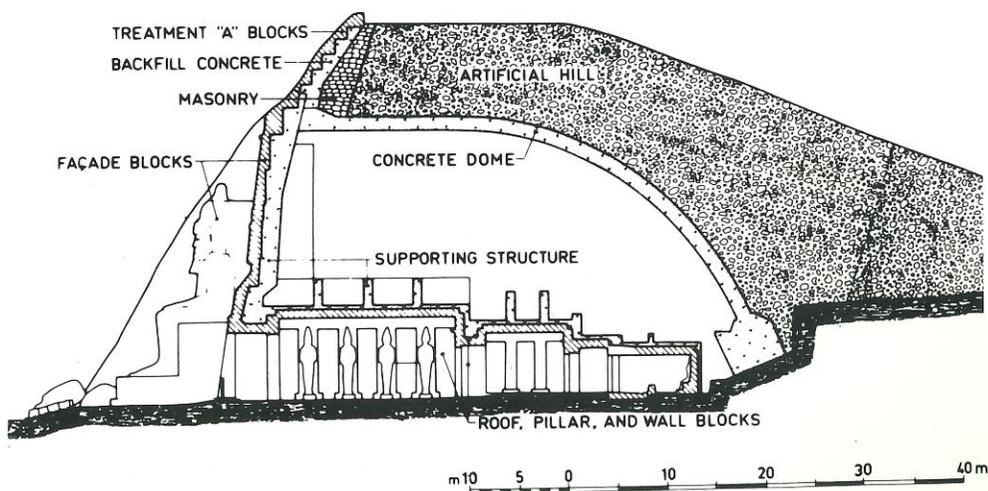
Al suplantarse el Islam al budismo y al hinduismo, el templo de Borobudur fue abandonado a su suerte. Puesto que el edificio no fue erigido sobre cimientos sólidos, sino como mero revestimiento pétreo de una colina, la lluvia ecuatorial causó al correr del tiempo terribles estragos, poniendo en peligro tanto la estabilidad de su estructura, como generando el crecimiento de musgos y líquenes en la superficie porosa de la andesita con que fue construido. Las terrazas superiores retenían un porcentaje considerable del agua de lluvia, que continuaba fluyendo a través de los niveles inferiores del templo durante el estiaje. Poco a poco, una verdadera jungla se adueñó del singular monumento; la poderosa acción de las raíces desgajó gran parte de los bloques de piedra que lo formaban.

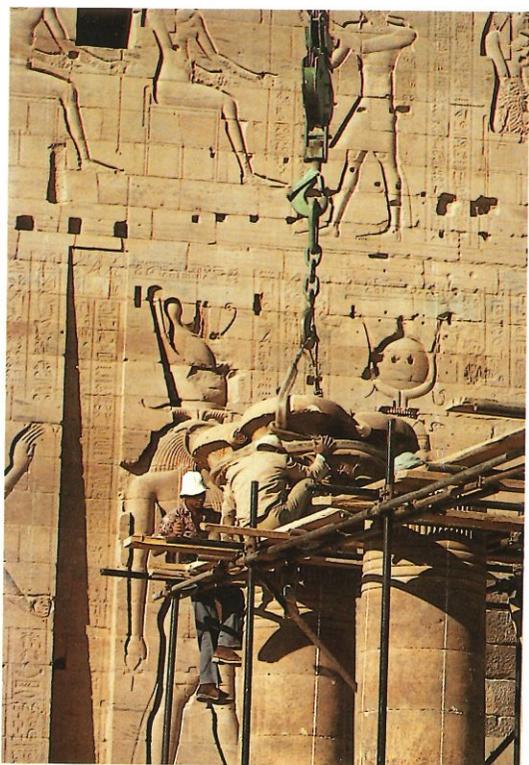
A principios de este siglo, las autoridades holandesas de la entonces colonia iniciaron algunos trabajos de limpieza y reconstrucción. No obstante, el peligro de pérdida total era evidente cuando, décadas más tarde, la UNESCO aceptó la responsabilidad de restaurarlo. Se trataba de un caso que requería aplicar una estrategia distinta de la seguida en la campaña de Nubia; la dimensión del problema no hacía necesaria la participación de equipos de diferentes países, sino obtener contribuciones económicas que permitieran a la UNESCO, junto con el gobierno indonesio, reunir las competencias técnicas necesarias para reconstruir el templo en condiciones que garantizaran su pervivencia a largo plazo. El llamamiento a la comunidad internacional por el Director General, René Maheu, tuvo éxito, y pudo constituirse un excelente equipo de arqueólogos, historiadores del arte, técnicos en conservación e ingenieros de diversos países. Por primera vez en su historia, la UNESCO adquiría la responsabilidad técnica exclusiva en la restauración de un monumento singular.

La primera fase del proyecto estuvo dedicada a estudiar el edificio desde diversos puntos de vista: arquitectónico y estructural, biodeterioración, erosión, factores de riesgo (entre ellos el sísmico, puesto que Java es una zona situada en una falla activa), etc. El diagnóstico de los expertos fue concluyente: sería necesario desmontar el templo piedra a piedra, dotarlo de cimientos sólidos —se optaría por una gran plataforma de hormigón—, de un sistema eficaz de evacuación del agua de lluvia y, por fin, proceder al cuidadoso ensamblaje de los dos millones de bloques de piedra integrantes del conjunto. La magnitud de la empresa obligó a que la UNESCO revisara tanto la previsión del coste de la restauración, como la de

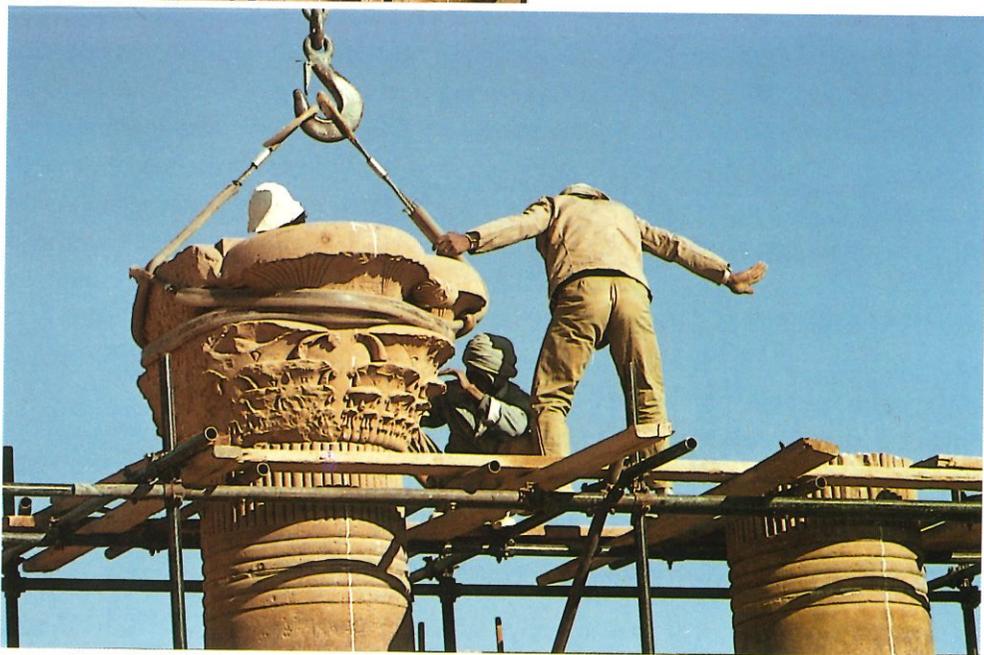


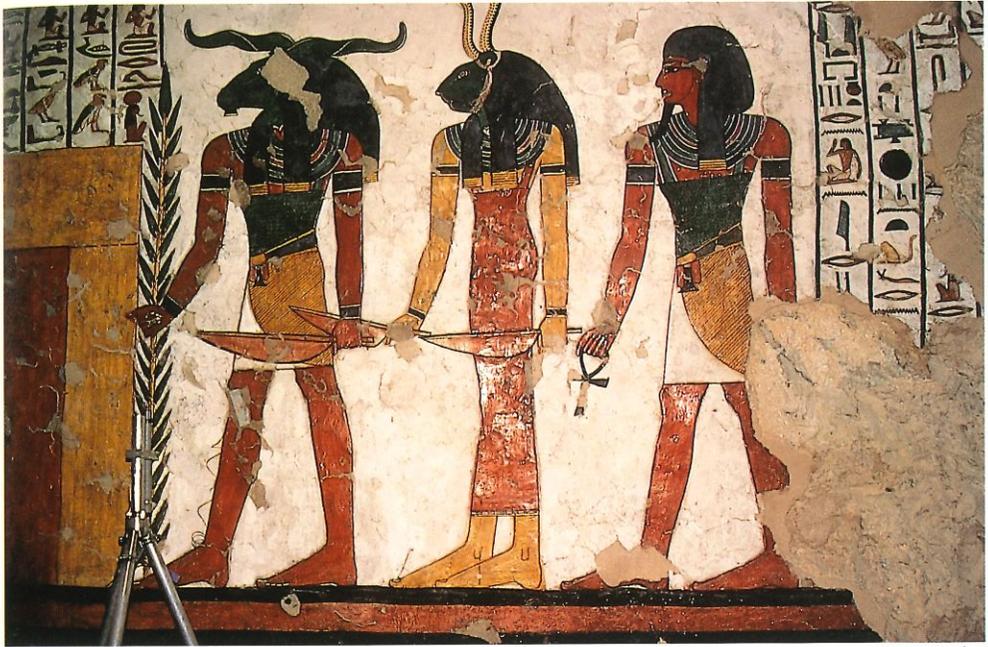
Abu Simbel. El templo de Ramsés II reconstruido en su nueva ubicación.  
 Sección del Templo (abajo) que muestra la cúpula  
 de hormigón que soporta la colina artificial (según Säve-Soderberg).



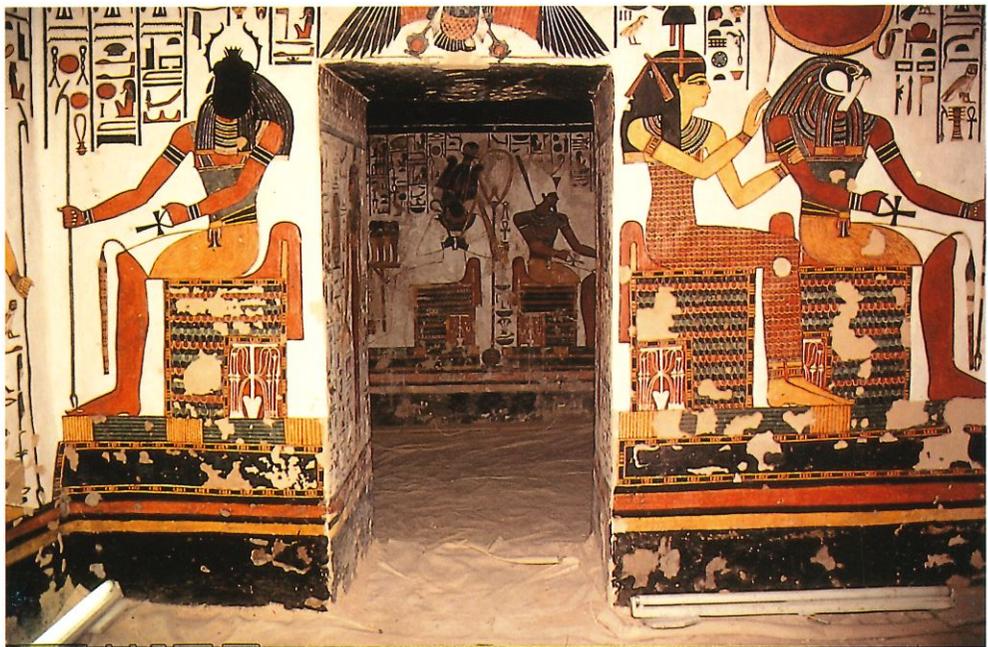


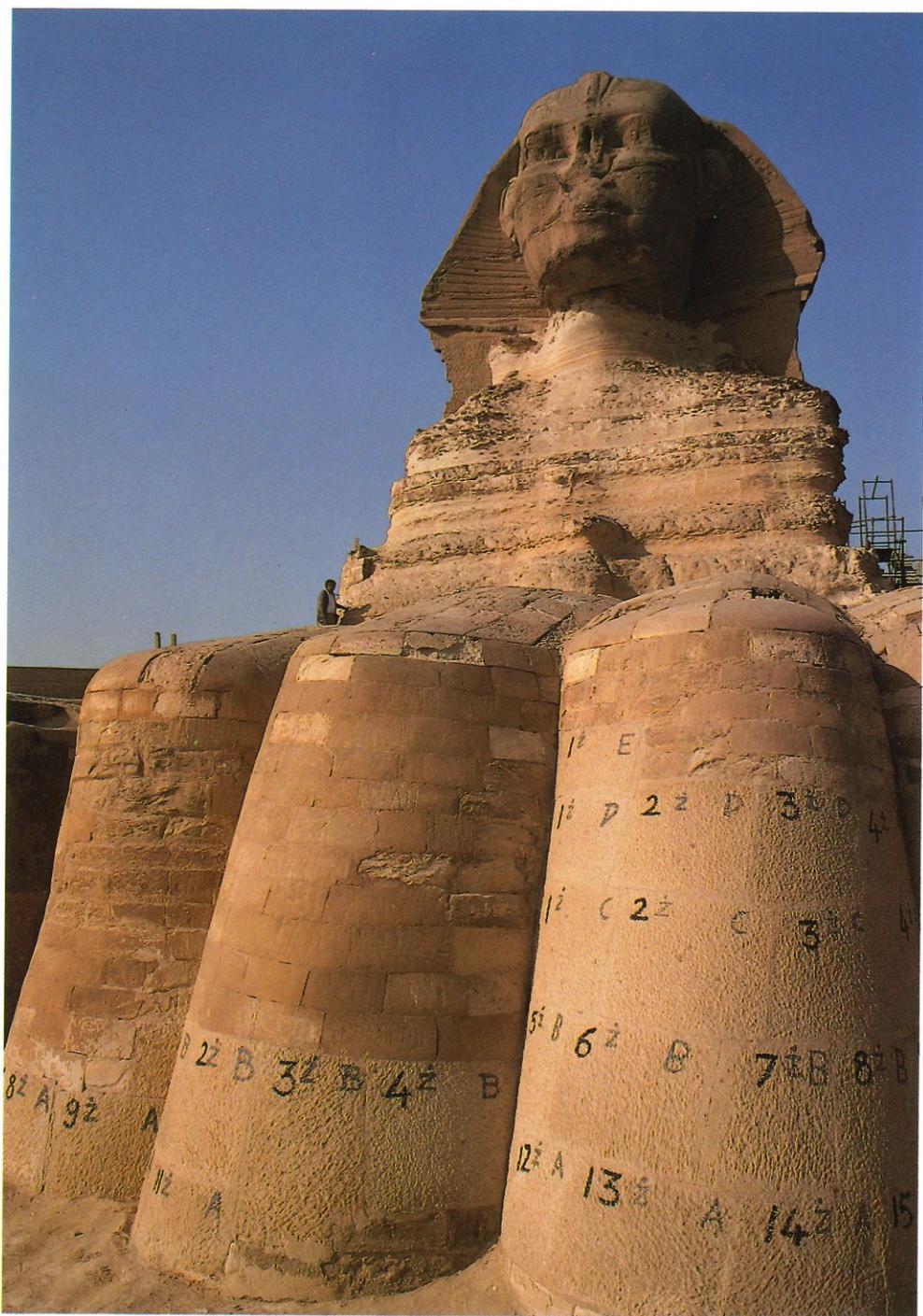
Dos aspectos de la última fase (1979)  
de reconstrucción del Templo de Philae  
en la isla artificial de Agilkia.



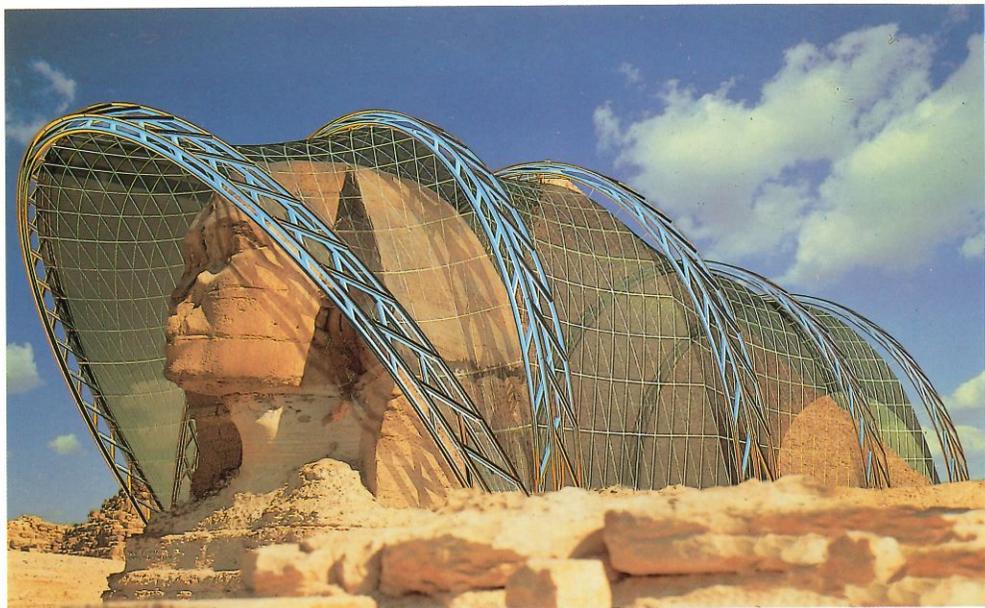


Detalle de las pinturas murales de la cámara funeraria (arriba) y de la sala de ofrendas (abajo) de la tumba de Nefertari, antes de la restauración.

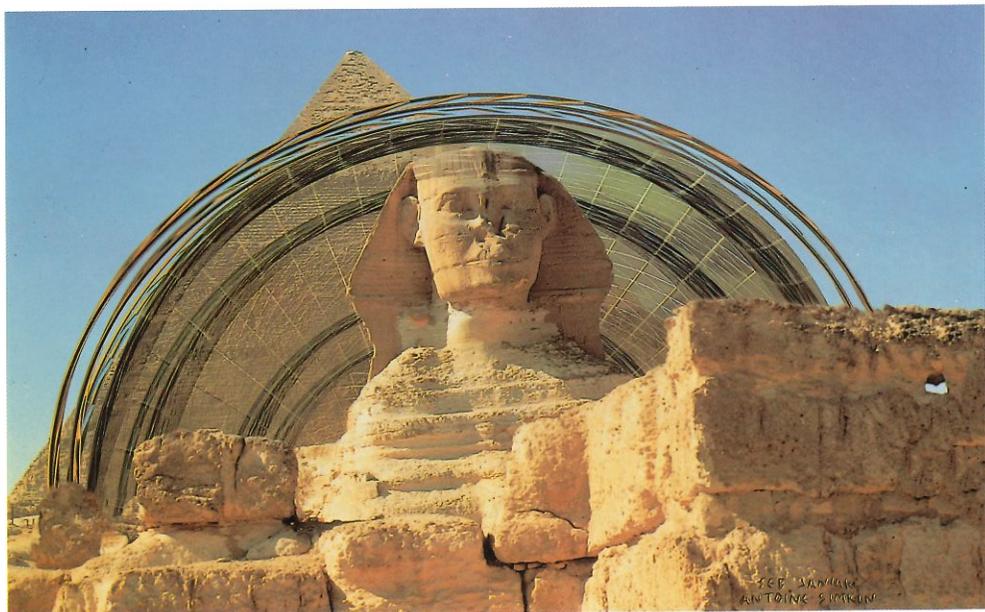


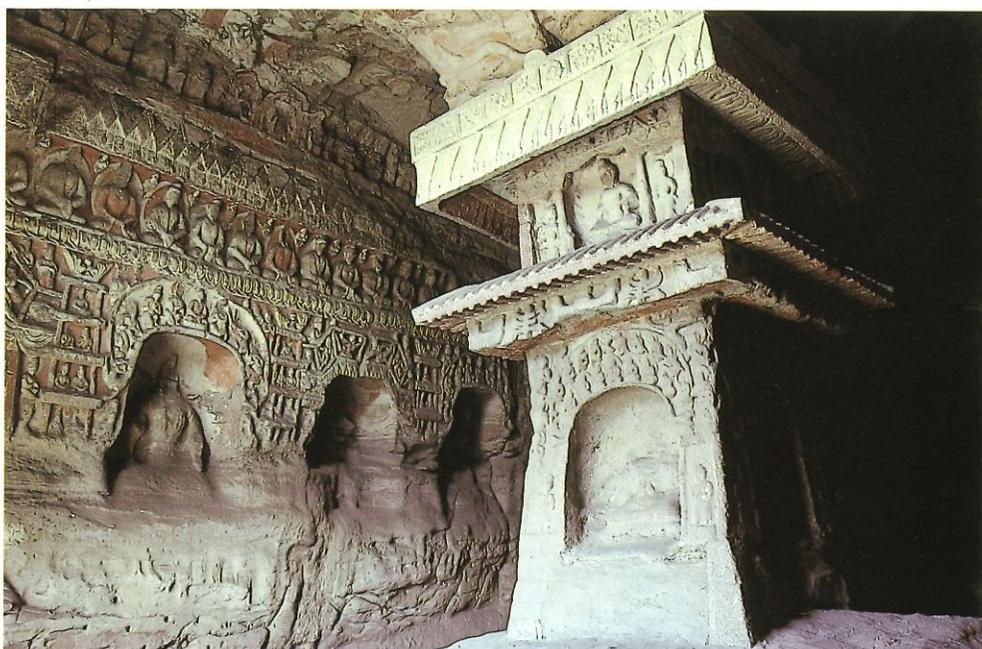


Esfinge de Gizeh. Restauración abusiva con piedra y cemento del revestimiento de las patas, realizada en los años 80.



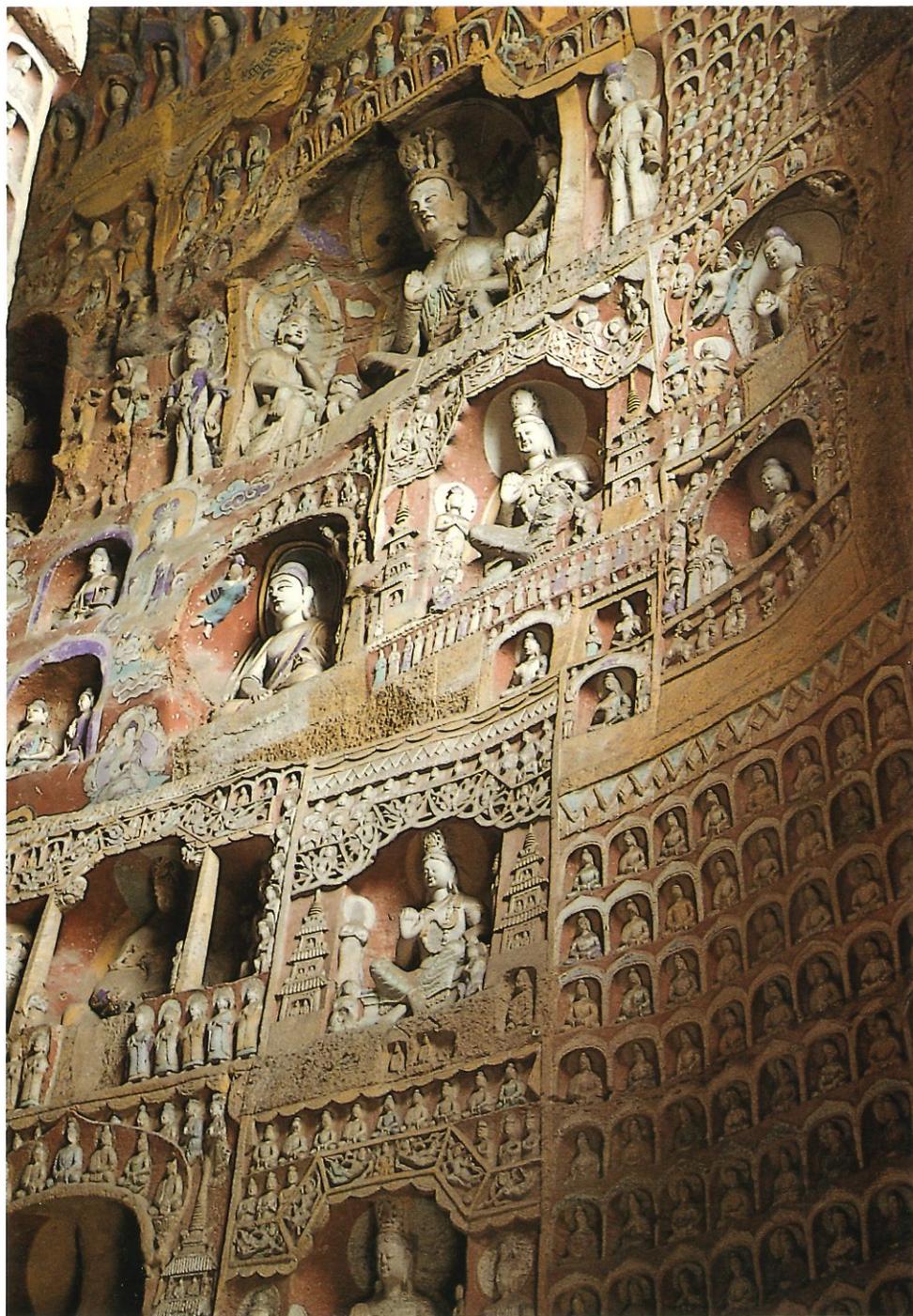
Simulación por ordenador del aspecto que tendría la Esfinge con la cubierta móvil destinada a protegerla de los agentes atmosféricos y de la contaminación.





Templos rupestres de Yungang (Datong, China).  
Efectos erosivos de la humedad ascendente del subsuelo (arriba)  
y de la penetración del agua de lluvia (abajo).





Templos rupestres de Yungang (Datong, China).  
Detalle de la decoración esculpida y pintada en la roca arenisca.



Templo de Borobudur (Java Central, Indonesia).  
Terraza superior (arriba) ocupada por pequeñas *stupas* que albergan esculturas de Buda.  
Detalle de los bajorrelieves (abajo) que decoran la tercera terraza del Templo,  
en los que se aprecia el deterioro causado por la vegetación y el agua de lluvia.



los recursos técnicos necesarios para llevarla a buen término. Gracias a la campaña de Nubia, la UNESCO poseía experiencia en el transporte piedra a piedra de monumentos singulares; pero en este caso se daba una circunstancia inédita, la de la dispersión de miles de fragmentos del revestimiento escultórico del templo —ocasionada por la tremenda fuerza de las raíces de la vegetación que durante siglos había prosperado en sus terrazas— y la necesidad de recomponer tan gigantesco rompecabezas. Sin embargo, el hecho de que la decoración del monumento respondiera a inamovibles principios simbólicos e iconográficos del budismo constituía una baza a favor de los restauradores. Los ingenieros y arquitectos enrolados en el proyecto aprendieron de sus colegas los historiadores del arte que los dos niveles inferiores del edificio representaban la esfera de la materia (*kamadhata*), en la que el hombre es esclavo del deseo; los cuatro niveles intermedios simbolizaban la vida del Buda terrestre y su búsqueda de la espiritualidad y la sabiduría (*rupadhata*), mientras que en las terrazas superiores se desplegaba el triunfo de la inmaterialidad (*arupadhata*), con imágenes que representaban la perfección y lo absoluto. Otra clave que podría facilitar la reconstrucción del conjunto residía en el hecho de que las manos de las grandes esculturas de Buda situadas originalmente en la parte superior adoptaban posiciones distintas según su orientación a uno de los puntos cardinales: la actitud denominada *bhumiparsa* correspondía a las situadas al este, la *dhyanimudra* al oeste, la *varamudra* al sur y la *abhayamudra* al norte.

Puesto que el embalaje del gigantesco *puzzle* hubiera requerido muchos años de esfuerzo y el trasiego de miles de bloques de elevado peso, se decidió, a título experimental, por primera vez en la historia de la conservación arquitectónica, echar mano de la informática. Especialistas en *software*, técnicos en *hardware* y arquitectos crearon con el asesoramiento de especialistas en iconografía búdica un programa para clasificar los dispersos restos del revestimiento escultórico del templo que estaba basado en parámetros diversos: la iconografía, su relación con las distintas partes del edificio, los tipos de fracturas, así como las formas de erosión y biodegradación, que podrían revelar la orientación que cada bloque de piedra tuvo en su situación original. A los pocos meses de aplicar dicho programa informático se comprobó la eficacia del cruce de datos tan diversos, que permitía identificar tanto la zona a la que pertenecía cada fragmento, como, incluso, deducir con rapidez cuál era su vecino. Gracias a ello fue posible no sólo desmontar el templo hasta su base, sino también reconstruirlo con fidelidad, reintegrando todos los elementos que las agresiones del clima, la flora y el hombre habían dispersado. Con ello, la informática entró definitivamente a formar parte del abanico de técnicas instrumentales utilizadas por los conservadores del patrimonio cultural. La campaña

para el salvamento de Borobudur concluyó felizmente en 1985, doce años después de haber sido iniciada.

*La UNESCO, víctima de su éxito*

La campaña de Nubia había servido para justificar la utilidad de la UNESCO en el campo de la conservación del patrimonio. Pero su éxito indujo a los estados miembros a tolerar un paulatino aumento de instalaciones —dos edificios en París y numerosas sedes regionales—, de personal y de presupuestos. A mediados de los 70 la UNESCO estaba en trance de convertirse en una organización monstruosa, con unos dos mil funcionarios y un ratio muy ineficiente de utilización de sus recursos presupuestarios (cerca del 70% se destinaba a pagar sueldos de personal, mantenimiento de instalaciones y costes administrativos y financieros). Tal vez con la loable intención de enderezar dicha situación, o quizás a modo de “fuite en avant”, el nuevo Director General, Amadou-Mahtar M’Bow, inició en aquella época una política multiplicadora de las campañas internacionales para la conservación del patrimonio que, a la postre, resultaría fatídica para la UNESCO.

La organización cosechó sus primeros fracasos en campañas destinadas a conservar dos grandes ciudades históricas, Venecia y Fez. Concurría en ambos casos un elemento común: la desproporción entre la tarea propuesta y el volumen de los recursos que la UNESCO podía movilizar. En el caso de Fez, el gobierno marroquí —con un apoyo directo y constante del monarca Hassan II, con quien M’Bow mantenía relaciones personales— pretendía, en realidad, que la campaña sirviera para rehacer las infraestructuras urbanas de la Medina (suministros de agua y electricidad, redes de evacuación de aguas residuales), así como para reubicar a gran parte de sus habitantes en nuevas edificaciones de la ciudad moderna. No se trataba pues, *sensu stricto*, de un proyecto de conservación del patrimonio histórico, sino de una operación social y de desarrollo que, además, tenía aspectos muy discutibles. Por ejemplo, el de convertir la Medina en un artificial centro de atracción turística, dedicado al artesanado y al comercio, que tras la erradicación de sus habitantes se transformaría en una ciudad-museo. Los costos exorbitantes de tan gigantista operación fueron contabilizados en el presupuesto de la campaña de la UNESCO, de modo que muchos estados miembros juzgaron improcedente contribuir a financiar un proyecto que, a todas luces, por su carácter social, debía ser una responsabilidad prioritaria del gobierno del país al que, por cierto, se le ofrecían otros medios de realizarlo, fuera a través del Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) o del Banco Mundial.

El fracaso de la campaña de Venecia estuvo determinado por a factores más complejos. En primer lugar, nunca hasta entonces había lanzado la UNESCO una campaña en un país desarrollado, y la experiencia demostraría la poca receptividad a la demanda de ayuda, tanto por parte de los países industrializados, como por los del Tercer Mundo. Aparte de la absurda circunstancia de solicitar ayuda de los pobres para una nación rica, concurrían en el caso de Venecia dos factores negativos: la complejidad técnica y el coste de los sistemas destinados a controlar el nivel de las destructivas mareas que sufre la ciudad adriática, y la conocida ineficiencia de la administración italiana en el uso de recursos financieros. Al correr del tiempo, la campaña de Venecia ha caído en un profundo olvido.

Durante la década de 1975-1985, las acciones de la UNESCO para la conservación del patrimonio entraron en un proceso de crisis que puede ser explicado por tres razones. La primera de ellas, porque el Director General, en su infatigable acción visitadora de los países miembros, prodigó de forma arbitraria —frecuentemente por motivos políticos— la preciada dádiva de una campaña internacional, que las naciones pobres creyeron sería la solución de los problemas que afectaban a sus ruinosos patrimonios culturales. En segundo lugar, porque el Secretariado de la UNESCO, responsable de realizar los estudios previos de viabilidad de cada operación, dejó de tener en cuenta los criterios básicos en los que se había cimentado el éxito de las primeras campañas: la importancia a nivel mundial del bien cultural que se pretendía salvar; el grado de urgencia de su conservación; por último, la posibilidad de alcanzar los objetivos propuestos, tanto por las tecnologías disponibles, como por los costes potenciales. En tercer lugar, porque, en función de cuanto precede, la UNESCO no consiguió obtener de sus estados miembros los recursos económicos para atender las múltiples necesidades creadas por su poco reflexiva política.

Se iniciaron a partir de entonces —la mayor parte sólo sobre el papel, y no sobre el terreno— una serie de campañas absurdas. En el Senegal, país de origen del Director General, para preservar la isla de Gorée, uno de los puntos de partida de los barcos negreros hacia América. En Mauritania, para salvar unas “ciudades del desierto” que nadie conocía y sobre las que la UNESCO no aportó adecuada documentación técnica (la campaña terminó con la construcción, en dichas ciudades, de mezquitas modernas costeadas por el gobierno de Arabia Saudita). En Bangladesh, en fin, para conservar diversos monumentos sobre la base de un proyecto indefinido en sus objetivos y presupuestos.

Con todo, la UNESCO llegó en cierto momento a tener nominalmente abiertas hasta treinta campañas internacionales, muy pocas de las cuales contaban con los

recursos —técnicos y financieros— para ser mínimamente factibles. El que fue un formidable instrumento de conservación del patrimonio quedaba así desvirtuado y desacreditado. Por ello no es de extrañar que, en 1985, los Estados Unidos, seguidos poco después por el Reino Unido, abandonaran la UNESCO con el convencimiento de que sus cotizaciones (entre ambos, el 30% del presupuesto total de la organización) obtendrían escasos rendimientos. La excusa para dejar de pertenecer a la organización fue, sin embargo, el desacuerdo de los gobiernos de ambos países con un programa, titulado “Nuevo orden mundial de la información”, que en círculos occidentales se percibía como un intento inspirado por naciones del Tercer Mundo para ejercer un control gubernamental sobre los medios de comunicación. La defección sumió a la UNESCO en una profunda crisis de la que, a pesar de los continuados esfuerzos de su actual Director General, aún no se ha recuperado.

#### *La Fundación Getty en Egipto: Nefertari*

La estrategia y los métodos de las campañas de la UNESCO no evolucionaron durante más de veinte años, a pesar de que los especialistas del patrimonio cultural habían desarrollado, en el mismo período, nuevos principios y criterios de conservación. El primero de ellos, el de que *cada bien cultural constituye un todo con su entorno*, sea éste natural, urbano o paisajístico, y que, en consecuencia, la estrategia de conservación debe dar prioridad a mantenerlo *in situ*, en su contexto original<sup>9</sup>. Tal cambio de mentalidad haría actualmente muy difícil que un gobierno pudiera sacrificar a intereses de orden económico una parte significativa del patrimonio cultural de la nación, como fue el caso de los monumentos de Nubia. En segundo término, al adquirir conciencia de los límites tecnológicos, los especialistas han desarrollado el criterio de la *intervención mínima* y la *conservación preventiva*. Tras una etapa triunfalista, en la que se pensó que los nuevos materiales sintéticos, por ejemplo los polímeros empleados como adhesivos o consolidantes, resolverían los graves problemas de conservación de la piedra, hoy sabemos que su utilización acelera en muchos casos los procesos de deterioración. Por ello, ha nacido una nueva escuela de profesionales de la conservación que preconiza tratamientos sencillos, con materiales reversibles y, mejor aun, prácticas preventivas, de mantenimiento continuado de los bienes culturales que, como la profilaxis en el caso de la medicina, eviten las intervenciones quirúrgicas, es decir, la restauración.

La creación del Getty Conservation Institute (GCI) en Los Ángeles, en 1985, ofreció la oportunidad de desarrollar un programa internacional de conservación

del patrimonio basado en los nuevos conceptos. Nació este instituto con autonomía de medios —financiado por la fundación privada que lleva el nombre del célebre magnate del petróleo— y con un equipo profesional que incluía a más de cincuenta científicos y restauradores de diversas nacionalidades. Su labor se ha centrado en los últimos diez años en desarrollar proyectos en numerosos países, con el propósito fundamental no sólo de contribuir a conservar bienes culturales de singular importancia, sino, sobre todo, a facilitar a través de los mismos el desarrollo de recursos técnicos locales que garanticen a largo plazo la continuidad de tales acciones. Estos proyectos han establecido nuevas estrategias y modelos de actuación, puesto que no consisten en operaciones de “asistencia técnica”, es decir, en la mera provisión de recursos técnicos exteriores y una aportación económica a los países necesitados —como es el caso de las misiones de la UNESCO—, sino en el desarrollo de procesos de colaboración entre profesionales locales y extranjeros. El objetivo principal es formar nuevos cuadros y técnicos de la conservación en el propio país, desarrollar técnicas adecuadas al tratamiento del patrimonio nacional, identificar *know-how* y materiales locales y, en definitiva, llegar a alcanzar una situación de autosuficiencia que permita no depender de ayudas exteriores siempre aleatorias.

Uno de los aspectos también postergados por la últimas campañas de la UNESCO, en aras de la necesidad de obtener resultados tangibles a corto plazo con inversiones mínimas, fue el de la investigación científica. Es éste un instrumento indispensable para realizar diagnósticos fiables de los procesos de deterioración que aquejan al patrimonio cultural y, en función de ellos, establecer tratamientos que tengan garantías de éxito a largo plazo. Al iniciar sus actividades en 1985, el GCI llegó a un acuerdo con la Organización de Antigüedades de Egipto para proceder a la restauración de la tumba de Nefertari<sup>10</sup>. El proyecto perseguía, además del objetivo de preservar para la posteridad tan insigne ejemplo de la cultura faraónica, establecer un modelo de investigación interdisciplinar para diagnosticar el complejo proceso de deterioración de un conjunto de pinturas murales y hallar métodos para su tratamiento. Se pretendía que el proceso de restauración de la tumba fuera un proyecto piloto que sirviera para dar formación especializada a restauradores egipcios, colmando así un endémico déficit de recursos técnicos en el país.

La primera fase del proyecto estuvo destinada a tratar de averiguar cuáles habían sido los agentes que habían ocasionado graves daños a la decoración pictórica de la tumba, excavada en el subsuelo rocoso del llamado Valle de las Reinas, en la orilla occidental del Nilo, en Tebas. El plan de investigación suponía, en primer lugar, identificar las características tectónicas, geológicas e hidrológicas de

la cavidad artificial, para lo cual se analizaron las imágenes del desierto líbico circundante tomadas por el satélite Intelsat. En virtud de ellas, los especialistas determinaron que las filtraciones de agua de lluvia, en ocasión de precipitaciones de carácter torrencial que se calcula tienen lugar en dicha región cada ochocientos años, habían sido el agente que ocasionó los mayores daños. Los estudios físico-químicos permitieron a continuación documentar el proceso de deterioro: el agua de lluvia disolvió, a través de su paso por la roca, las sales minerales que ésta contiene, las cuales cristalizaron al hallar el espacio vacío de la cámara funeraria. El empuje de las eflorescencias salinas desprendió grandes zonas del *intonaco* y de la capa pictórica. Por su parte, los estudios biológicos identificaron los microorganismos que habían prosperado en períodos húmedos sobre las superficies pintadas, nutriéndose de los materiales orgánicos y causando nuevos daños, así como la acción de varias especies de insectos que minaban el *intonaco* alimentándose de las materias proteínicas que contiene. El diagnóstico de tan complejo proceso ocupó a un equipo de especialistas en interpretación de imágenes tomadas por satélite, geólogos, petrólogos, climatólogos, microbiólogos, entomólogos y químicos de varios países por espacio de un año. Luego entraron en acción los restauradores, dirigidos por Paolo y Laura Mora, quienes emplearon un tratamiento consistente en eliminar los cristales salinos, adherir de nuevo el *intonaco* a la roca y fijar definitivamente la capa pictórica. Los trabajos finalizaron en 1992 y lograron no sólo devolver su perdido esplendor a tan importante conjunto de pinturas murales del Imperio Nuevo egipcio, sino —lo que es más importante— también formar a tres restauradores del país en dicha técnica de tratamiento. Gracias al proyecto, Egipto cuenta en la actualidad con sus propios especialistas que, sin necesidad de ayuda extranjera, pueden atender la conservación de otros monumentos en situaciones similares.

La segunda fase de la restauración de la tumba de Nefertari no llegó, sin embargo, a completarse a causa de la falta de entendimiento entre la Organización de Antigüedades de Egipto y el GCI. Para garantizar su conservación a largo plazo hubiera sido necesario realizar además una obra de ingeniería destinada a aislar la cámara funeraria de la masa de roca circundante; es decir, a excavar grandes zanjas en torno a ella —cubriéndolas más tarde con arena para que no fueran visibles—, a impermeabilizar la superficie exterior y a construir un sistema capaz de drenar eficazmente el agua de lluvia en caso de precipitaciones torrenciales. También hubiera sido necesario instalar un sistema de control del clima interior de la tumba que garantizara la estabilidad térmica y muy bajos niveles de humedad relativa, cualesquiera que fuesen las condiciones climáticas exteriores.

A principios de noviembre de 1995, el gobierno egipcio anunció al mundo la apertura al público de la tumba de Nefertari. La decisión fue sin duda motivada por el señuelo de unos ingresos en divisas convertibles —el visitante pagará por la entrada un precio equivalente al sueldo mensual de un funcionario del servicio de antigüedades— y por el interés en crear nuevos estímulos para la maltrecha industria turística del país. Pero dicha decisión comporta un grave riesgo para la conservación de las pinturas murales recientemente restauradas, puesto que la presencia masiva de visitantes determinará fluctuaciones en la humedad relativa. Cada ser humano en edad adulta exhala cada hora, por término medio, un litro de agua, lo cual puede incrementar los niveles de humedad relativa en la cámara funeraria por encima del límite crítico del 70%. Si así fuera, se producirían fenómenos de condensación en la superficie de las pinturas que volverían a movilizar las sales existentes en la roca, iniciándose de nuevo el nefasto ciclo de cristalización, milenario agente de la destrucción del monumento.

*Prevenir mejor que curar: los templos de Mogao y Yungang*

Tradicionalmente, los esfuerzos de la ciencia de la conservación del patrimonio se han encaminado a desarrollar nuevos métodos de tratamiento, lo que equivale a decir técnicas de intervención quirúrgica. De ahí que a los especialistas en este campo se les denomine “restauradores”, y no “conservadores” (término que se reserva a quienes se ocupan de las colecciones de museos), como sería más lógico. Desde sus inicios, el GCI rompió con esta tradición dedicando gran parte de sus recursos a investigar en el campo de la *conservación preventiva*. Esta estrategia tenía un triple objetivo: desarrollar procedimientos de mantenimiento continuado de monumentos y sitios arqueológicos, identificar materiales y técnicas aptos para la conservación preventiva, y diseñar programas de formación de personal en diversos países<sup>11</sup>.

Desde 1989, el GCI viene realizando en China dos ambiciosos proyectos que han servido de banco de pruebas de la nueva estrategia. El primero de ellos está destinado a aplicar métodos de conservación preventiva a los templos de Mogao, un conjunto de construcciones rupestres inscrito en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO, que se halla situado en el desierto de Gobi, cerca de la localidad de Dunhuang. Los templos fueron excavados en un acantilado rocoso entre el año 366 de J.C. y principios del siglo XIV por monjes budistas, quienes decoraron sus paredes interiores con espléndidas pinturas murales y más de dos

mil esculturas de terracota policromada. Varios centenares de dichas construcciones han sobrevivido a los embates de un clima extremo, con grandes alternancias térmicas entre invierno y verano, y a la erosión eólica propia del paisaje desértico. Para mitigar sus efectos, el GCI desarrolló un nuevo método de control del avance de las dunas y de reducción del transporte de partículas de arena por el viento, consistente en establecer barreras de aerotextiles a lo largo de toda la meseta que corona la pared rocosa en la que están excavados los templos. Los aerotextiles son un material creado para usos agrícolas que nunca se había utilizado para la conservación del patrimonio cultural. Dichas barreras resultaron de gran eficacia; la velocidad del viento disminuía al pasar por la malla de los aerotextiles, lo que ocasionaba se depositaran las partículas que transportaba. La sucesión de barreras dispuestas en paralelo, con aerotextiles de mallas cada vez más tupidas, determinaba la detención sucesiva de granos de arena de calibre decreciente. Por otra parte, el proyecto de conservación de los templos de Mogao contempló también el control del medio ambiente en las cavidades rupestres, el análisis continuado de la estabilidad cromática de las pinturas murales y la vigilancia por métodos tecnológicos de la estabilidad estructural del acantilado. Al inicio del proyecto, todas estas funciones fueron desarrolladas conjuntamente por el personal del GCI y del Instituto de Conservación de Dunhuang, pero en la actualidad, tras cinco años de formación sobre el terreno, los técnicos locales han asumido la responsabilidad total de las operaciones de conservación preventiva.

El segundo proyecto del GCI en China fue dedicado también a diseñar y poner en práctica métodos de mantenimiento aplicables a los templos de Yungang, cercanos a la ciudad minera de Datong, al oeste de Beijing. Se trata de más de cincuenta grandes construcciones excavadas, entre los años 460 y 525 de J.C., en una pared de arenisca de un kilómetro de longitud. Su decoración consiste en relieves y altorrelieves policromados que incluyen más de cincuenta mil representaciones de Buda, la mayor de ellas de diecinueve metros de altura. Tan formidable conjunto está amenazado por factores diversos: contaminación atmosférica procedente de las explotaciones de carbón del vecino centro minero, infiltraciones de agua a través de la roca y eflorescencias salinas ocasionadas por las fluctuaciones del nivel freático. Como en el proyecto anterior, el GCI y los técnicos chinos desarrollaron conjuntamente procedimientos de control del medio ambiente y lograron establecer métodos para mitigar los efectos del agua y la contaminación en el interior de los templos. Actualmente, el personal local ha asumido plenas responsabilidades en la gestión del proceso de conservación preventiva de los templos.

Las nuevas estrategias de conservación requerían también nuevos materiales. La misión de GCI fue, a partir de 1985, tratar de identificar materiales —fuesen productos químicos o elementos manufacturados— y tecnologías ya existentes que pudieran ser aplicadas a la conservación del patrimonio cultural, como había sucedido con los aerotextiles utilizados en los templos de Mogao. Gracias a los acontecimientos bélicos que el mundo ha sufrido durante el siglo XX y a la carrera del espacio, la industria ha sido estimulada —frecuentemente con la inyección de recursos estatales— a investigar en campos pioneros. Gran parte de los nuevos productos y materiales que no hallan aplicación inmediata son archivados en la memoria de las computadoras y en los almacenes de los laboratorios de investigación, lo que en el argot industrial estadounidense se denomina quedar “on the shelves”. Sólo uno de cada ocho nuevos productos encuentra una salida comercial y es fabricado en masa. Por tal razón, el GCI consideró necesario explorar sistemáticamente los *stocks* no comercializados de gran parte de la industria química y tecnológica estadounidense. La búsqueda se orientó en dos direcciones. Por una parte, a identificar tecnologías analíticas de carácter no-destructivo ya en servicio en otros campos de la investigación que pudieran aplicarse al estudio de los procesos de deterioro de los materiales orgánicos e inorgánicos constitutivos del patrimonio cultural. En segundo lugar, a hallar nuevos productos susceptibles de sustituir ventajosamente los aceites, ceras, gomas y resinas naturales utilizados a través de la historia como ligantes de pigmentos o como barnices y adhesivos. El procedimiento seguido por el GCI consistió en realizar numerosos “retratos robot” de los materiales buscados, que describían en lenguaje técnico sus características ideales: adherencia, reversibilidad, propiedades ópticas, esperanza de vida, etc. Sobre la base de acuerdos establecidos con grandes empresas del sector químico, los científicos del GCI tuvieron acceso a *stocks* que se hallaban “on the shelves” y pudieron seleccionar algunos barnices, adhesivos y consolidantes de características próximas a las del “retrato robot”. Tras años de ensayo y evaluación sobre distintos soportes, algunos de estos productos han pasado a formar parte del recetario utilizado en la actualidad por los restauradores. Por razones de elemental prudencia, ciertos productos que poseían características adecuadas al tratamiento de un determinado problema de conservación no superaron la fase experimental al no ofrecer todas las garantías de reversibilidad y la esperanza de vida deseadas por los científicos. Por ejemplo un barniz desarrollado para la industria de satélites se reveló como un excelente consolidante para material orgánico en estado de gran

fragilidad. Era un producto que podía aplicarse por condensación, en capas de menos de una micra de grosor que resultaban invisibles, lo que permitía tratar, por ejemplo, telas de seda totalmente descompuestas por la luz o consolidar las alas de una mariposa. Pero aunque el sueño de los científicos era utilizarlo para la conservación del maltrecho abanico de plumas de avestruz hallado en la tumba de Tutankhamón (que desde su descubrimiento ha perdido los dos tercios de su longitud), ello no fue posible dada la escasa reversibilidad del barniz, lo que hubiera subordinado la esperanza de vida del objeto tratado a la del propio agente consolidante.

En el terreno de la conservación arquitectónica, el GCI ha experimentado también durante la última década con nuevos productos sintéticos creados para otros usos, que pudieran dar respuesta a los graves problemas de mantenimiento de edificios de adobe. En este material se construyó aproximadamente el 30% de todo el patrimonio de la humanidad y su conservación constituye uno de los mayores retos técnicos. Sólo dos estrategias son viables: la reconstrucción permanente de las estructuras de adobe con técnicas y materiales tradicionales, o el descubrimiento de un consolidante capaz de impregnar totalmente los muros de arcilla cruda, transformándolos en un material de mayor consistencia que soporte la lluvia y la erosión eólica. El primer enfoque requiere que los edificios de adobe sean habitados por una comunidad que conserve sus modos de vida y técnicas tradicionales. Las rápidas transformaciones sociales que se producen en los países del Tercer Mundo hacen prever, sin embargo, que tal estrategia no será factible en corto plazo. Por su parte, la posibilidad de consolidar el adobe con polímeros está lejos de ser una realidad, puesto que la utilización de estos materiales plantea dos problemas fundamentales: el de lograr una impregnación total de las estructuras y el de la corta esperanza de vida y la difícil reversibilidad de dichos productos sintéticos.

*Cuarenta siglos nos contemplan (un proyecto irrealizable: la Esfinge)*

El éxito de los proyectos internacionales de conservación del patrimonio reside no sólo en factores técnicos, metodológicos y financieros, sino, sobre todo, en la capacidad de comprensión, por parte de la entidad que los ejecuta, de la idiosincrasia y la cultura del país en que se desarrollan. Las campañas de la UNESCO fracasaron a partir del momento en que el secretariado de la organización comenzó a aplicarles esquemas operativos estereotipados, mostrando un alto grado de in-

comprensión del contexto cultural y social de cada país. Como los etnólogos, los restauradores del patrimonio deben poder integrarse en la comunidad en la que trabajan, han de entender sus bases ideológicas y su psicología de grupo.

A principios de 1990, el GCI inició un proyecto que no tendría éxito precisamente por no haber considerado factores de orden a la vez cultural y psicológico. Se trataba de estudiar los procesos de deterioro de la gran Esfinge de Gizeh<sup>12</sup> como primera etapa para poner en práctica métodos de conservación preventiva de tan insigne monumento. En sus cinco mil años de existencia la Esfinge ha sufrido procesos erosivos de carácter físico y químico. Entre los primeros, la abrasión eólica, los fenómenos de dilatación-contracción de la roca ocasionados por los cambios bruscos de temperatura entre el día y la noche, y —al igual que en la tumba de Nefertari— la presión de las cristalizaciones de sales que produce el ascenso capilar del agua del subsuelo. El agente principal de erosión química también es el agua, sea en forma de lluvia o de la condensación superficial originada por las alternancias térmicas. La composición química de la roca en que fue tallada la Esfinge cambia por hidrólisis (por ejemplo, feldespatos transformados en arcillas y sales solubles), por oxidación (piritas y marcasitas transformadas en ocre con formación de ácido sulfúrico) y por procesos de disolución (carbonato cálcico precipitado por el dióxido de carbono disuelto en el agua). Además, desde épocas recientes, la industrialización y el intenso tráfico rodado han generado altísimos niveles de contaminación por partículas ácidas en la zona de Gizeh, que al depositarse en la superficie del monumento y combinarse con gotas de agua —sea por lluvia o condensación— actúan como catalizadores del ataque químico.

La Organización de Antigüedades egipcia y el GCI acordaron desarrollar un proyecto que investigara tan complejos procesos de envejecimiento. Sobre el lomo de la Esfinge se instaló una compleja estación de recogida de datos meteorológicos y medioambientales, diseñada especialmente para esta operación por los ingenieros de la institución californiana. Consistía en una computadora alimentada por placas solares que almacenaba datos muy diversos (precipitaciones, condensación, vientos, humedad relativa, nivel de deposición de partículas ácidas, radiación solar y temperaturas de superficie y subsuperficie) gracias a numerosos sensores distribuidos por todo el monumento y su entorno. También medía dicha estación las fluctuaciones del nivel freático bajo la Esfinge, así como los microseísmos ocasionados por los vehículos en la meseta de Gizeh o, evidentemente, si se hubieran producido, los seísmos de origen tectónico.

Los datos recogidos durante varios meses permitieron diagnosticar los males que aquejaban al monolito y proponer una estrategia de tratamiento. En primer

lugar, era necesario desmontar el revestimiento de sillares, adherido con cemento, que se añadió a las patas de la Esfinge en el transcurso de una restauración realizada durante la década de 1980, por técnicos egipcios. Las diferencias morfológicas entre la piedra y el cemento, así como las sales solubles contenidas en éste, causaban graves daños a la fábrica del monumento, restaurada en varias ocasiones durante la antigüedad, especialmente en el Imperio Nuevo. Tal propuesta ocasionó un enfrentamiento entre los especialistas extranjeros y los egipcios, puesto que éstos consideraron que aceptarla equivalía a reconocer su culpabilidad en la inadecuada restauración que habían realizado pocos años antes.

En segundo lugar, puesto que la Esfinge sufría un deterioro por causas externas —condensación, lluvia, viento, partículas ácidas— se proponía también protegerla de su entorno techándola con una estructura movable, de carácter provisional, que permitiera ganar el tiempo necesario para hallar soluciones a largo plazo. El GCI había diseñado una enorme cubierta, formada por grandes arcos metálicos unidos por un velamen de tejido de nylon, que se desplegaría a voluntad sobre el felino, desplazándose sobre raíles dispuestos a ambos lados del mismo. Se trataba de una estructura ligera a pesar de sus dimensiones que, al igual que la capota de un viejo automóvil, se hubiera podido abrir y plegar con facilidad cuando ello fuera necesario, es decir, en épocas de lluvia, durante la noche —para evitar el fenómeno de condensación superficial—, o en épocas de elevada contaminación atmosférica. Dicha cubierta hubiera constituido una medida preventiva de gran eficacia para reducir el impacto ambiental sobre el monumento.

La idea de cubrir la Esfinge, siquiera de forma tan provisional, escandalizó a la opinión pública egipcia. Periódicos y televisión locales atacaron con dureza la propuesta, que hería profundamente la sensibilidad de un pueblo que tiene en la Esfinge a su símbolo nacional más venerado. Era, en definitiva, como convertir al majestuoso felino antropomorfo, emblema de la realeza faraónica de las épocas más antiguas, en un perrito doméstico albergado en su caseta. Esta vez, la estrategia de conservación no tuvo en cuenta el factor psicológico y las negativas connotaciones culturales del método propuesto; un fracaso ejemplar, en suma, que no debe ser olvidado.

### *El futuro del pasado*

La comunidad internacional ha aunado esfuerzos para la conservación del patrimonio consciente de que la existencia de éste nos permite ver el presente con

perspectiva, y de que su supervivencia es un requisito para que generaciones futuras ejerzan su derecho a la memoria histórica. Pero el análisis de las estrategias de preservación diseñadas durante el último medio siglo demuestra que la tarea sólo es parcialmente realizable. En primer lugar, porque el patrimonio cultural que debería conservarse es ingente, se halla distribuido de forma casi siempre inversamente proporcional a la riqueza de las naciones modernas, y está amenazado por factores de riesgo que se incrementan de forma acelerada, en paralelo con el crecimiento demográfico y el desarrollo tecnológico. Desde la revolución industrial, la humanidad ha destruido más patrimonio cultural que durante los mil años que la precedieron.

Al considerar la desproporción que existe entre el número y la importancia de los monumentos, conjuntos históricos y sitios arqueológicos que deben ser conservados, y los recursos económicos y técnicos que la sociedad destina a su mantenimiento, los especialistas del patrimonio —por lo menos quienes sean capaces de comprender el problema en su globalidad— estarán obligados a pensar que la misión es imposible. Por ello, a finales de este milenio se impone una revisión de los conceptos utópicos y la moral puritana con que hasta ahora se ha abordado la tarea de conservación.

En primer lugar, será preciso imbuirse de la noción de que sólo los bienes que tienen una utilidad para la sociedad son conservados a largo plazo. Por ello, habrá que imaginar usos plenamente contemporáneos y necesarios para los edificios históricos, aunque ello comporte, en algunos casos, secularizar su función. En segundo término, puesto que no existen ni existirán suficientes recursos para atender las necesidades de todo el patrimonio, habrá que establecer con selectividad un orden de prioridades de conservación, de acuerdo con políticas inteligentes que tengan por objetivo preservar los elementos más significativos de una cultura o de un país. A ello se destinarán primordialmente los presupuestos de los estados o de la comunidad internacional, mientras que el sector privado tendrá que ocuparse, sobre todo, de mantener los elementos de la arquitectura vernácula o no monumental que constituyen el tejido de los conjuntos históricos, sin cuya existencia los monumentos singulares carecen de contexto. Para estimular la iniciativa privada, será necesario que los gobiernos, las administraciones y las empresas desarrollen adecuadas políticas fiscales, normas de desarrollo urbano que primen la rehabilitación de lo antiguo y prácticas crediticias que las apoyen.

Tendrá que nacer una nueva cultura que reconozca al patrimonio un potencial de desarrollo sostenible. Puesto que éste es, además, un elemento cualitativo en la vida de las gentes y un recurso explotable en términos económicos, los presump-

tos destinados a su conservación no deberán considerarse subvenciones a fondo perdido, sino lo que realmente son, inversiones para el desarrollo colectivo. La necesidad de optimizar dichas inversiones debe conducir, además, a una política de mantenimiento constante de monumentos, edificios históricos y sitios arqueológicos que sustituya las prácticas actuales de grandes restauraciones destinadas a paliar los daños causados durante décadas de negligencia y olvido. Rutinas de conservación preventiva, como el lavado regular de los edificios expuestos a la contaminación en las grandes ciudades —método, por otra parte, que ya era utilizado antiguamente en Roma—, han de prevalecer sobre las costosas operaciones de restauración que jamás podrán compensar las pérdidas ocasionadas por la incuria. Además, será necesario atender a la conservación del patrimonio por medio de equipos de composición multidisciplinar, que aglutinen a especialistas en diversos campos y actúen de forma coordinada, aprovechando el efecto sinérgico del trabajo colectivo. El arquitecto “restaurador” de monumentos que actúa en solitario está destinado a desaparecer. En función de las nuevas estrategias surgirán otras profesiones y especialidades, como la del *gestor de conservación del patrimonio*, figura que, por cierto, ya existe en algunos museos. En todo lo dicho está implícito que las administraciones, instituciones y entidades que tienen la responsabilidad de conservar bienes culturales han de disponer de recursos humanos adecuados a dicha tarea, para lo cual deben ofrecer a su personal oportunidades de formación o reciclaje, y puestos de trabajo permanente.

La conservación del patrimonio cultural es una necesidad imperiosa. ¿Podemos imaginar un mundo futuro sin ese paisaje construido por el hombre en las épocas pasadas?. ¿Qué calidad de vida podría existir en una civilización que habitara ciudades fungibles, sin vestigio alguno de arquitecturas pretéritas?. ¿Cuál sería el estímulo de la creación contemporánea sin una memoria viva de las culturas de ayer?. ¿Tendríamos conciencia de nuestras raíces culturales, de nuestra identidad milenaria?. ¿No olvidaríamos la noción de progreso, que ha constituido el mayor acicate de la humanidad a través del tiempo?.

Causa escalofríos imaginar un mundo gris y amorfo, de arquitecturas provisionales que en corto plazo son consumidas por el uso. Ciudades con barrios sin nombre ni identidad. Tejidos urbanos sin estructura ni elementos singulares que un metabolismo acelerado obliga a la renovación constante. Por ello, dado que la condición humana requiere un marco digno de su racionalidad y talento, pienso que la conservación del patrimonio cultural es un reto ineludible.

## NOTAS

1. Preámbulo de la *Constitución de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura*, 16 de noviembre de 1945.

Por cierto que este pasaje pudiera haber sido inspirado por la frase de Joseph Joubert: "Un pensamiento es algo tan real como una bala de cañón" (*Pensamientos*, publicados por Chateaubriand, primera edición de 1838).

2. *Convention for the Protection of Cultural Property in the Event of Armed Conflict* (the "Hague Convention"), 14 de mayo de 1954.

3. Los romanos admitían la ocupación de las cosas arrebatadas al enemigo (*res hostium*) como botín de guerra (*occupatio bellica*), incluso cuando, sin existir situación bélica, se trataba de pueblos con los que Roma no tenía tratado de paz. Gaius ("Instituciones"; 4.16.) considera como propiedad más legítima las cosas tomadas al enemigo: "*maxime sua esse credebant, quae ex hostibus cepissent*". Y en el mismo sentido se pronuncia el "Digesto" (41.1.5.7.): "*Item quae ex hostibus capiuntur, iure gentium statim capientium fiunt*".

4. *Convention of the Means of Prohibiting and Preventing the Illicit Import, Export and Transfer of Ownership of Cultural Property*, 14 de noviembre de 1970.

5. Ver EMANUEL DE KADT, *Tourism, Passport to Development?*, Oxford University Press (for the World Bank and UNESCO), 1979.

6. Para una información exhaustiva sobre el desarrollo y resultados de la campaña ver: *Temples and Tombs of Ancient Nubia. The International Rescue Campaign at Abu Simbel, Philae and Other Sites* (redactor: Torgny Säve-Söderbergh), Thames and Hudson / UNESCO, 1987. También consultar: LOUIS-A. CHRISTOPHE, *Campagne Internationale de l'UNESCO pour la Sauvegarde des sites et monuments de Nubie. Bibliographie*. UNESCO, 1977.

7. La contribución española a la campaña de Nubia fue importante. Bajo la dirección de Martín Almagro y con la participación de distinguidos arqueólogos, entre ellos Eduardo Ripoll Perelló, Francisco Presedo Velo, Manuel Pellicer Catalán, Juan Zozaya y Miquel Llongueras Campaña, realizó excavaciones en diversos yacimientos de Egipto y Sudán: Masmara, Kasar-Ico,

Kasr Ibrim, Argin y Abkanarti. Los resultados de dichas misiones fueron publicados en la serie "Memorias de la Misión Arqueológica en Nubia", Comisión Española para la UNESCO. También puede consultarse mi obra de divulgación: LUIS MONREAL, *Tesoros de Nubia*, Editorial Juventud, Barcelona, 1963.

8. Véase: GISELLE HYVERT, *The conservation of the Borobudur Temple, Indonesia*, UNESCO (Mission reports), 1972; R. Soekmono, *Chandi Borobudur; a monument of mankind*, UNESCO, 1976.

9. En 1986, el GCI organizó en México una reunión internacional destinada a debatir los problemas que plantea la estrategia de mantener *in situ* el patrimonio cultural. Véase: HENRY W.M. HODGES (editor), *Conservación Arqueológica in situ*, Instituto Nacional de Arqueología e Historia de México e Instituto Getty de Conservación, México D.F. y Los Angeles, 1993 (1ª edición inglesa, 1987).

10. Ver los resultados técnicos de este proyecto en: *Wall Paintings of the Tomb of Nefertari. First Progress Report, July 1987*, Getty Conservation Institute, Los Angeles, 1987 y *Art and Eternity. The Nefertari Wall Paintings Conservation Project 1986-1992*, Getty Conservation Institute, Los Angeles, 1993.

11. Una síntesis reciente sobre los programas de esta institución ha sido publicada en "Conservation. The GCI Newsletter", *The Getty Conservation Institute, the First Ten Years*, Vol. X, n° III, 1995.

12. Los aspectos técnicos del proyecto están exhaustivamente descritos en *A Proposal for the Conservation of the Great Sphinx*, Getty Conservation Institute, Los Angeles, febrero de 1990.

## DISCURSO DE CONTESTACIÓN

*por* JUAN BASSEGODA NONELL

Excmos. e Ilmos. Señores;  
apreciados Académicos,  
Señoras y Señores:

Es siempre un placer recibir a un nuevo académico numerario en el seno de la corporación, puesto que significa que desde 1850 esta ceremonia se ha repetido muchas veces en torno a dignísimas personalidades que aportaron y aportan sus conocimientos y su esfuerzo en el siempre renovado impulso de la vida académica.

El recipiendario de hoy me ha escogido entre todos los académicos a fin de que, en nombre de la corporación, le dé la bienvenida y glose su discurso de ingreso.

Para mí es una doble satisfacción porque me permite comentar las lúcidas palabras del nuevo académico y también recordar muchos momentos gozosos en que hemos coincidido en nuestras tareas de investigación, estudio y atención del patrimonio monumental.

Cuando en 1969 el inolvidable Presidente de Honor de esta Real Academia, Frederic Marés, me propuso como miembro numerario, fue necesario intensificar mis visitas al taller del maestro en el Museo Marés, lugar donde Luis Monreal Agustí invirtió muchos esfuerzos y demostró su eficacia en museografía entre 1965 y 1974.

Había estudiado la carrera de Filosofía y Letras, sección de Historia, en la Universidad de Barcelona, terminándola en Valencia, entre 1960 y 1965, y de 1970 a 1974 explicó Museografía en la Universidad Autónoma de Barcelona.

De tiempo atrás conocía yo a su padre, Luis Monreal y Tejada, ilustre historiador, escritor y académico de Bones Lletres, y con él habíamos compartido conferencias, cursos y trabajos de restauración y de publicación de libros y artículos. Un excelente magisterio para Luis hijo, que conoció el amor a las bellas artes y el interés por las ciencias que velan por los monumentos muebles e inmuebles, desde la más tierna infancia.

Herederero de aquella obsesión por el arte, infectado del "morbus restaurandum" y en posesión de información, que actualmente llamaríamos privilegiada, sobre monumentos, museos, bibliotecas y cenáculos artísticos, muy pronto encontró aplicación a sus estudios universitarios de arte y de historia del arte.

Hombre inquieto y sumamente activo se movió de inmediato en ambientes internacionales. Su conocimiento de diversos idiomas, conjuntamente con el grueso haz de conocimientos y experiencias, le permitieron acceder a los organismos internacionales de preservación de patrimonio y atención de museos. Desde 1974 hasta 1985 trabajó en favor de la UNESCO en los grandes proyectos de salvamento de monumentos capitales de la historia de la Humanidad.

Luis y yo coincidimos a veces en el caserón del Quartier du Marais en París, en la rue du Temple, cuando él ejercía en el seno del I.C.O.M. (International Council of Museums) y yo era presidente del Comité Nacional Español de I.C.O.M.O.S. (International Council of Monuments and Sites).

Apasionado de la arqueología, discípulo primero y colaborador después del Secretario General de esta Academia, Dr. Ripoll Perelló, compartieron las labores de excavación y estudio de los restos arqueológicos de Nubia durante la campaña de la UNESCO, en ocasión de la construcción de la presa de Asuan. Posteriormente, la UNESCO tuvo una importante labor de restauración en la isla de Java con objeto de salvar el templo de Borobodur, a partir de 1973, pero finalmente, una serie de propuestas desacertadas, como la de la medina de Fez, hicieron que la entidad se desprestigiara, hecho que culminó con el fracasado intento de salvamento de la ciudad de Venecia.

Desde 1985, momento en que se creó en Los Angeles de California el "Getty Conservation Institute", Luis Monreal tuvo un papel decisivo e intervino en la restauración de la tumba de Nefertari en el Valle de las Reinas en Tebas y en los templos de Mogao y Yungang en China. Finalmente, el Instituto Getty preparó un proyecto para la protección de la esfinge de Gizeh, que no consiguió la aprobación del gobierno egipcio.

Entretanto, a partir de 1990, Luis Monreal se hizo cargo de la Dirección General de la Fundación "la Caixa" donde ha desarrollado una brillantísima labor

cultural en materia de exposiciones, ciclos de cursos y conferencias, conciertos, y el desarrollo del Museu de la Ciència de Barcelona.

Este panorama de actividades nacionales y internacionales le ha valido el reconocimiento de diversos países en forma de condecoraciones, homenajes e intervenciones en congresos, en el mundo entero.

Esta exposición de hechos acredita el pasado activo en el terreno de la cultura de la ejecutoria de Luis Monreal Agustí, sin embargo, al abrirle ahora las puertas de la Academia, estoy seguro que podrá compartir sus intensas actividades diarias con la tarea propia de la Academia, consecuencia de las investigaciones en su rico patrimonio archivístico y documental y también en la colaboración con los demás numerarios y correspondientes, comprometidos todos en cumplir los Estatutos de la Corporación, basados esencialmente en la protección y divulgación de las bellas artes en el Principado y también en el estudio, la defensa y la protección de los monumentos y obras de arte.

Las serias amenazas que hacen peligrar la existencia o la integridad de tantos monumentos, museos, colecciones o, incluso, paisajes y jardines, obligan a la Academia a aparecer constantemente en los medios de comunicación o dirigiéndose a las distintas Administraciones a fin de hacer constar en todo momento el valor y la historia de cada monumento o de cada pared pintada y procurar su continuidad en las mejores condiciones y con el máximo cuidado.

Los conocimientos y la larga experiencia en la protección monumental hacen de Luis Monreal un elemento valiosísimo para la Academia de Sant Jordi, la cual verá reforzada su capacidad de acción y los recursos técnicos precisos para llevar a buen término sus ineludibles obligaciones en favor de los bienes culturales de Cataluña.

El carácter abierto del nuevo académico, su sempiterna sonrisa y su aguda, intensa y azul mirada hacen que sus actividades sean entendidas y admiradas por los que le rodean puesto que les contagia un exuberante entusiasmo y una fe sin límites en su capacidad de acción y resolución.

Seas bienvenido a esta noble y antigua casa, amigo Luis, y dispuesto a dedicarle tiempo, amor e inteligencia. De lo primero no te sobra mucho, pero de los dos restantes nos los puedes dar en cantidades ingentes.

Todos los desde ahora tus nuevos colegas te lo agradeceremos y el buen Dios te lo premiará ya que la defensa de las artes es la defensa de la parte más bella de la Creación.